

De la boca pende una larga lengua en forma de serpiente que remata en una cabecita humana, al estilo de San Agustín y de Nicaragua⁹.

Objetos de orfebrería, fundidos en tumbaga o en oro, de gran calidad artística, se encuentran con profusión en Costa Rica y Panamá. Tales artefactos ofrecen afinidades con los de Sinu, Quimbaya, Tairona y Chibcha.

Doris Stone hace notar que entre los objetos de oro hay agujas cuyo ojo está formado por el doblamiento de uno de los extremos, como en la costa central de Perú.

Los animales sagrados representados en el arte: rey-zopilote, guacamayo, búho y otras aves, serpiente, tigre, tapir, mono, perro o coyote, rana, tortuga, guajolote, armadillo, pez, etc., son los mismos de la zootropía maya.

En suma, el arte de la región meridional del Istmo corresponde a una cultura Media o Formativa, estrechamente vinculada con la cultura maya del mismo nivel y con las culturas Medias del Continente.

30. PETROGLIFOS DE COSTA RICA Y PANAMA

Los grabados rupestres de Costa Rica y Panamá son semejantes a los de Nicaragua, Honduras y El Salvador, como puede apreciarse en las gráficas correspondientes. Ya Doris Stone y W. Duncan han hecho notar las similitudes que encuentran entre los litoglifos de Honduras y los de Nicaragua y Costa Rica. A la gentileza del señor Oscar Manuel Fonseca, esforzado investigador de los grabados rupestres de su país, se debe la mayor parte de las gráficas de Costa Rica que se ilustran a continuación. De Panamá se tenían escasas informaciones antes de la publicación reciente de Neville A. Harte, de la que se reproducirán algunos dibujos¹.

En la América Central, como entre los tainos, que corresponden al mismo horizonte cultural, se aprovechan las convexidades de la roca para grabar figuras humanas o de animales que así adquieren su propio relieve.

Doris Stone resalta la frecuencia de representaciones femeninas en petroglifos de Costa Rica. Son numerosas también las fuentes simbólicas de atracción mágica del agua, tanto en Costa Rica como en Panamá. Los ha observado la citada investigadora que encuentra en la zona de Reventazón muchos grabados rupestres sobre grandes rocas. Tienen concavidades redondas de las que salen canales y desagües (*op. cit.*, pág. 1).

Un petroglifo de la finca El Descanso, en el Altiplano, se caracteriza por sus cavas hemisféricas unidas por canalitos. A la izquierda, se ve la figura muy esquematizada de un danzante.

En el mismo sitio se aprecia una roca cubierta de grabados, que emergen de una poza rodeada de un círculo de piedras. Resalta una figura solar con la cabeza abajo, cerca del agua, además de motivos serpentinos, entre ellos, la serpiente con cabeza humana. Esta composición recuerda a la poza rodeada de serpientes de un grabado rupestre de Nicaragua, ilustrado pre-

⁹ S. K. Lothrop, *Coclé*, *op. cit.*, vol. I, figs. 158 y 173.

¹ Neville A. Hart, *Panorama of Panama Petrogliphe*, sin pie de imprenta y sin fecha.

cedentemente. Expresa la concepción indígena de que los dioses de la lluvia se abrevan en las fuentes terrestres.

Un escenario semejante presenta otro petroglifo de Cervantes (Altiplano). En él se ven cavas hemisféricas unidas por canalitos, figuras antropomorfas y zoomorfas muy esquematizadas, líneas y curvas intrincadas y la graciosa silueta de un mono de larga cola, cuya cabeza está representada por una voluta.

En la gráfica 1 se aprecia un grabado rupestre de Cervantes, que representa un grupo de serpientes estilizadas y otros dibujos geométricos que desembocan en un canal formado en una anfractuosidad de la roca.

Las gráficas 2 y 3, de la misma zona, muestran espirales, volutas y círculos, que recuerdan los petroglifos de Ometepe, llamada "la isla de los círculos y las espirales", figuras que también son características del arte rupestre de Costa Rica y Panamá. Se distingue una cruz, inscrita en un círculo, una artística doble voluta y, aparte, una extraña figura lineal en la que se identifica una mano en forma de cruz. El motivo mano-cruz es frecuente en la escultura americana.

Los grabados rupestres ilustrados en las gráficas 4 y 5 corresponden a la zona de Cervantes. Obsérvese la elegante doble curva, la sigma formada por dos espirales, una mayor que la otra, las líneas y el laberinto de curvas.

En la gráfica 6, se ve una serie de figuras relacionadas con el culto al agua y la fertilidad. En primer lugar, el motivo del dios cayendo del cielo, con la cabeza abajo y las piernas para arriba. Sus manos tienen tres dedos. La figura humana que está a la par tiene una mano con cuatro dedos, como en algunos monumentos, y otra con cinco. Asimismo, los dedos del pie son cuatro y cinco, números que expresan un sentido mágico religioso, ya considerado en otra parte. Abajo se ve el signo tridente, que es panamericano. En la tercera figura humana las manos y pies tienen sólo tres dedos. En medio de los pies se ven dos puntos que corresponden a la esquematización de un rostro. Tenemos aquí el motivo del personaje con dos cabezas, una de ellas en la parte inferior del cuerpo. Dos puntos, en relieve, parecen señalar los senos. ¿Mujer en el acto de dar a luz? En la figura del dios descendente son tres puntos que esquematizan un rostro entre las piernas. Aquí, como en Nicaragua, es usual la representación de los rasgos de la cara con tres puntos, convención figurativa típica de la cultura preclásica inferior.

Interesante composición litográfica es la de Cervantes, ilustrada en la gráfica 7. Representa el motivo: serpiente con cabeza humana. La cabeza resalta en relieve, pues el artista aprovechó una convexidad de la roca para modelarla. De esta manera adquiere su propio relieve.

Esa técnica del grabado, de aprovechar las convexidades o depresiones de la roca para grabar figuras humanas o animales en relieve, que recuerda el arte magdalenense, puede apreciarse en las gráficas 8 y 9, lo mismo que

en grabados rupestres de los tainos que se ilustrarán más adelante. Tal estilo señala una etapa avanzada del grabado rupestre de tendencia naturalista, que corresponde al horizonte Formativo, en contraste con los petroglifos de trazos lineales o esquemáticos del Pre-Formativo.

La serpiente está bellamente representada por una superposición de meandros en los laterales de un eje imaginario que parte del cuello. Esa forma geometrizada del ofidio es similar a la de un grabado rupestre de Nicaragua. Se estila también en objetos de oro de Costa Rica. Ya se ha dicho que el arte maya representa, a menudo, la serpiente en la misma forma, como puede apreciarse, por ejemplo, en las páginas 61 y 62 del *Códice de Dresden*.

El motivo serpentino figurado por meandros en una línea vertical está grabado en el dibujo que se ilustra en la gráfica 8. Pero aquí la cabeza humana es sustituida por la de una ave (probablemente zopilote), mostrando la composición Ave-Serpiente, tan común en el arte americano. La equivalencia de la serpiente con cabeza humana y la serpiente con cabeza de ave se explica por el doble carácter antropomorfo o zoomorfo del dios de la fertilidad. Encontramos la misma alternativa en códices mayas que representan al dios de la lluvia, montado en una serpiente que ondula en el agua, o bien a un ave que cabalga a la serpiente de nubes.

La gráfica 9, de Cervantes, muestra dos personajes cuya cara resalta en relieve, debido a las formas abultadas de la roca que fueron aprovechadas y acentuadas.

El primero tiene sobre la cabeza otra cabeza de la que irradian 10 rayos; unos se hallan en prolongación de un canalito que está conectado a un reservorio cavado en la roca. Propósito manifiesto de esta composición es el derrame de agua sobre la figura antropomorfa, durante los ritos del culto a la fertilidad. A la derecha se ve la esquematización de un danzante. La segunda figura, presenta una cabeza enorme sobre un diminuto cuerpo estilizado. Luce una corona de tres plumas. En la roca se ven, además, cavidades, danzantes y otras figuras geométricas.

La gráfica 10 muestra un grabado rupestre de Cervantes, en el que puede apreciarse una bella figura de animal: jaguar, para unos; mono, para otros. El animal agarra con una mano un curioso dispositivo serpentiforme enlazado con una cabeza humana invertida. En la sección inferior se ven barras y signos triangulares que, según la interpretación de M. M. Alba, representan valores numerales.

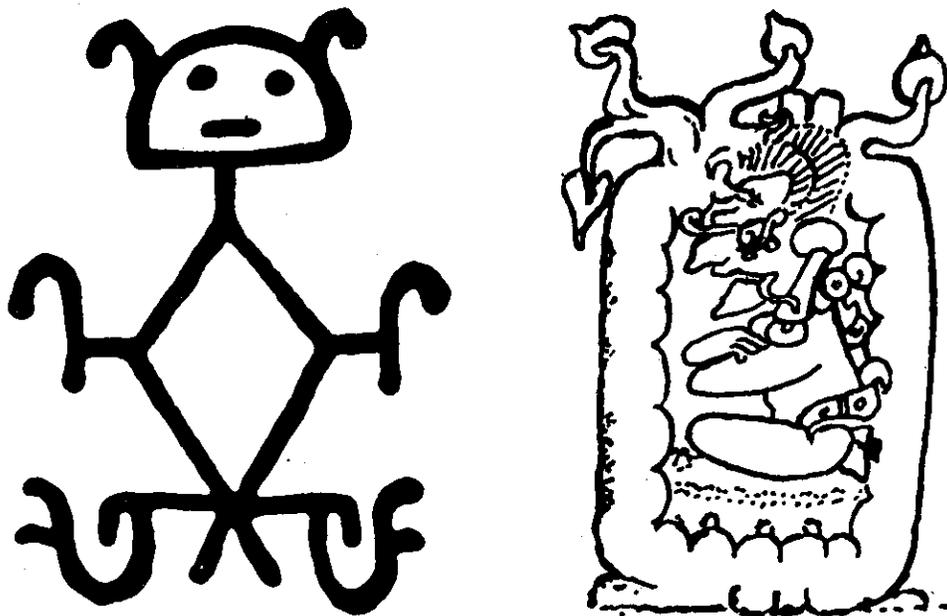
Los grabados rupestres de Alajuelita, ilustrados en la gráfica 11 han sido fotografiados por el licenciado Carlos Meléndez Ch. Aunque no corresponden, al parecer, a la edad de oro de la criptografía centroamericana, ofrecen figuras de interés para fines comparativos. Estas se caracterizan por la esquematización de seres humanos. Algunos están en posición invertida,

representando el motivo del dios descendente. Otra figura representa a dos seres humanos acoplados por la cintura en posición invertida, es decir, que uno está arriba y el otro tiene el cuerpo y la cabeza en sentido contrario, como puede apreciarse en el mencionado grabado. Esta composición ofrece un sorprendente paralelismo con una escultura de San Agustín llamada "El Obispo", que representa a dos seres humanos en posición invertida, soldados por la cintura, como puede apreciarse en la lámina 109 de la citada obra de J. Pérez de Barradas que se reproduce más adelante.

En petroglifos de Nicaragua hay motivos similares. Figuras humanas esquematizadas con el cuerpo en forma de rombo, como la que se reproduce abajo, a la izquierda², se encuentran a menudo en el arte rupestre de Costa Rica.

En esculturas de la América Central, del área maya y del occidente de México existen, como se ha visto, representaciones humanas con el signo romboidal tallado sobre el abdomen, o formado por la posición peculiar de brazos y piernas. Tales figuras simbolizan la incorporación del hombre al orden universal.

Una roca aislada está cubierta de petroglifos en la parte superior, entre



² Figura de Mercedes, publicada por Tulio Tentori en *La Pitture precolombiana*, Milano, 1961, pág. 207.

ellos, figuras humanas y solares, resplandores, un círculo concéntrico con un punto en el centro, etc.

En una piedra de forma arredondada que, en sí mismo, puede representar un símbolo astral, enclavada en el sitio denominado Guayabo, en las faldas del Turialba, se ve un disco solar inscrito dentro de un círculo que se prolonga en espiral. Otro círculo más pequeño está unido al mayor por dos barras. Se trata posiblemente de una representación solar, asociada a la serpiente y a la luna. Las rayas y los círculos tienen una anchura de dos centímetros y medio, el surco es hondo, cóncavo y bien pulido.

La gráfica 14, representa a un animal, probablemente un tigre, grabado a lo largo de la arista de una roca. Esta figura recuerda, tanto en el trazo como en el emplazamiento, la del tigre de Colohete, Honduras, grabada en relieve en el filo de una roca de forma parecida a la que se ilustra aquí. Ambos monumentos son una vibrante expresión del culto al felino.

En la gráfica 12, se ve un petroglifo de Cervantes, Altiplano. Resalta la figura esquematizada de un ave dentro de un círculo ligado a dos líneas serpentiformes que rematan en espirales. Representa el motivo ave-serpiente, tal como lo conciben los chortis; es decir, el dios o espíritu de la lluvia dentro de una nube. Este pensamiento se objetiva en códices mayas por la presencia de un ave, o su equivalente antropomorfo, el dios de la lluvia, encerrado dentro de una nube, como puede apreciarse, por ejemplo, en una figura de la página 33 del *Códice de Dresden*, que reproduzco en el grabado anterior (a la derecha), página 1334.

Un grabado rupestre del río Corobici representa esquemáticamente un ser humano y un lagarto.

Una roca enclavada en la espesura de un bosque presenta las figuras siguientes: en la parte superior, una depresión natural de la piedra forma un depósito de agua de lluvia. En torno a ese reservorio hay figuras estilizadas que objetivan el tema de las serpientes de nubes que abrevan en las fuentes terrestres.

En Nicaragua hay composiciones rupestres similares. La mayor parte de los petroglifos de Costa Rica, presentan escenas rituales y altares de atracción mágica de la lluvia.

PETROGLIFOS DE PANAMA

Neville A. Harte ha publicado, como se ha dicho, un catálogo de grabados rupestres de Panamá. Contiene 112 petroglifos ilustrados en 63 páginas, de los que reproduciré algunos.

Los grabados rupestres de Caldera, provincia de Chiriqui, que se ilustran en la gráfica 16, muestran una curiosa composición formada por una barra horizontal con siete líneas verticales. Del centro de la barra baja una línea que termina en un círculo con un punto en el centro. Esta figura, que ciertamente nada tenía de enigmática para los indígenas, podría expresar el pensamiento cosmogónico de siete soles o dioses que se reúnen en el centro del universo, como una síntesis de las fuerzas cósmicas, personificadas por el dios Siete, equivalente de *Uuc cheknal* del *Chilam Balam* de Chumayel, que baja desde el centro del cielo al de la tierra para fecundarla. La vertical, que une en el centro las siete entidades divinas, representadas por siete rayos solares y el punto central en medio de un círculo, que representa el ombligo o centro de la tierra, sugieren el acto de fecundación de la tierra por el cielo, que es el momento culminante del culto a la fertilidad.

Un petroglifo, artísticamente diseñado, representa una bella cruz a la par de un sol radiante, grabados en una piedra de El Nancito, provincia de Chiriqui.

La gráfica 19 representa unos petroglifos de Calobre, provincia de Veraguas, ilustrados en la página 32 de la citada obra. Resalta, a la izquierda, el signo cósmico biyugal resplandeciente, símbolo panamericano. Se ve, además, una espiral que se prolonga en la larga cola de una serpiente y una gran variedad de complejas inscripciones.

En un roca de Chavis Hill, provincia de Chiriqui, que se ilustra en la gráfica 18 (de la página 38 de Harte), se grabaron dos figuras cósmicas resplandecientes; más abajo, una serpiente emplumada en forma de zig-zag; en el centro, dos soles radiantes muy cerca uno del otro, que recuerdan las ruedas dentadas de El Muerto, y muy bien podrían representar rayos solares en función matemática.

La gráfica 13 representa una serpiente emplumada en un estilo que evoca el de Chontales. Está grabada en una roca llamada La Pintada, provincia de Coclé (pág. 19 del citado catálogo).

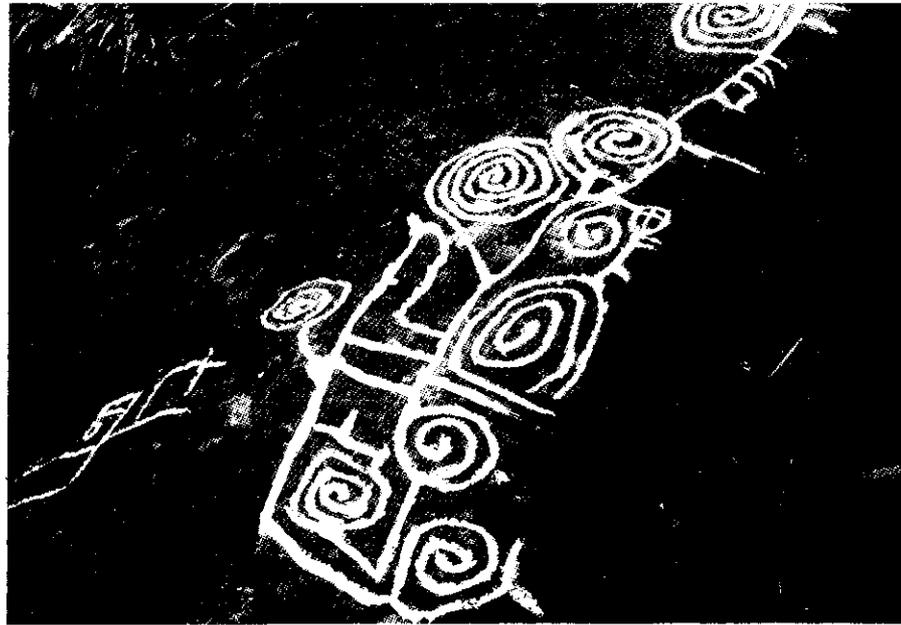
Una rana, con un signo cósmico biyugal en la espalda, está grabada en una piedra de Bejuco, provincia de Panamá (pág. 9 del citado catálogo). En el arte maya, las ranas se identifican igualmente como entes pluvíferos, por los símbolos que llevan grabadas en la espalda. En Kaminal Juyú, por ejemplo, hay una rana monumental que data del período preclásico. Tiene inscrito en su espalda el símbolo del rayo.



Gráfica 1.



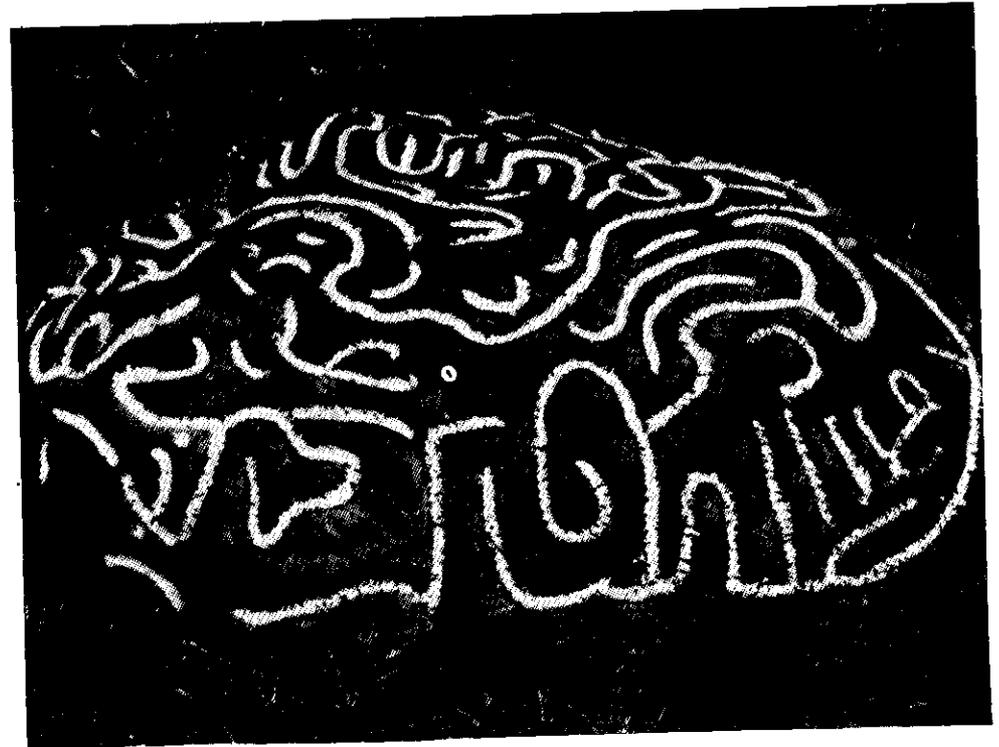
Gráfica 2.



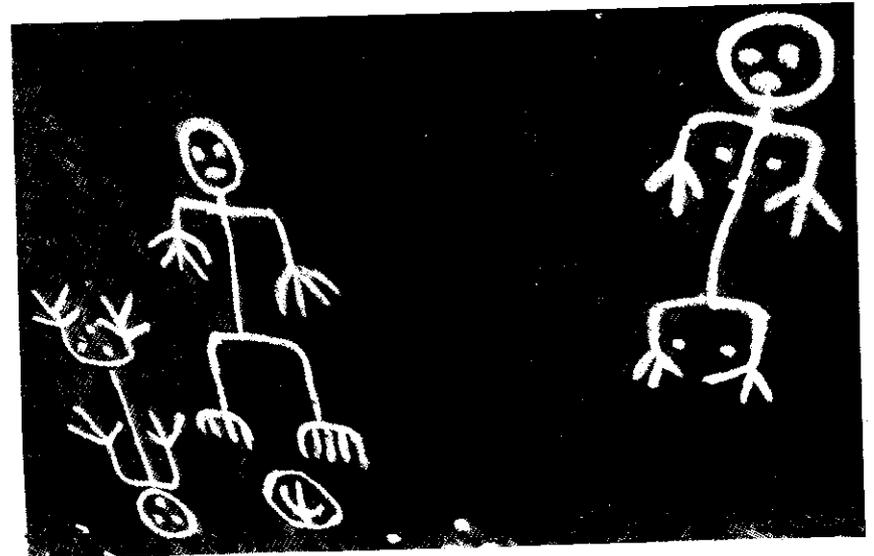
Gráfica 3.



Gráfica 4.



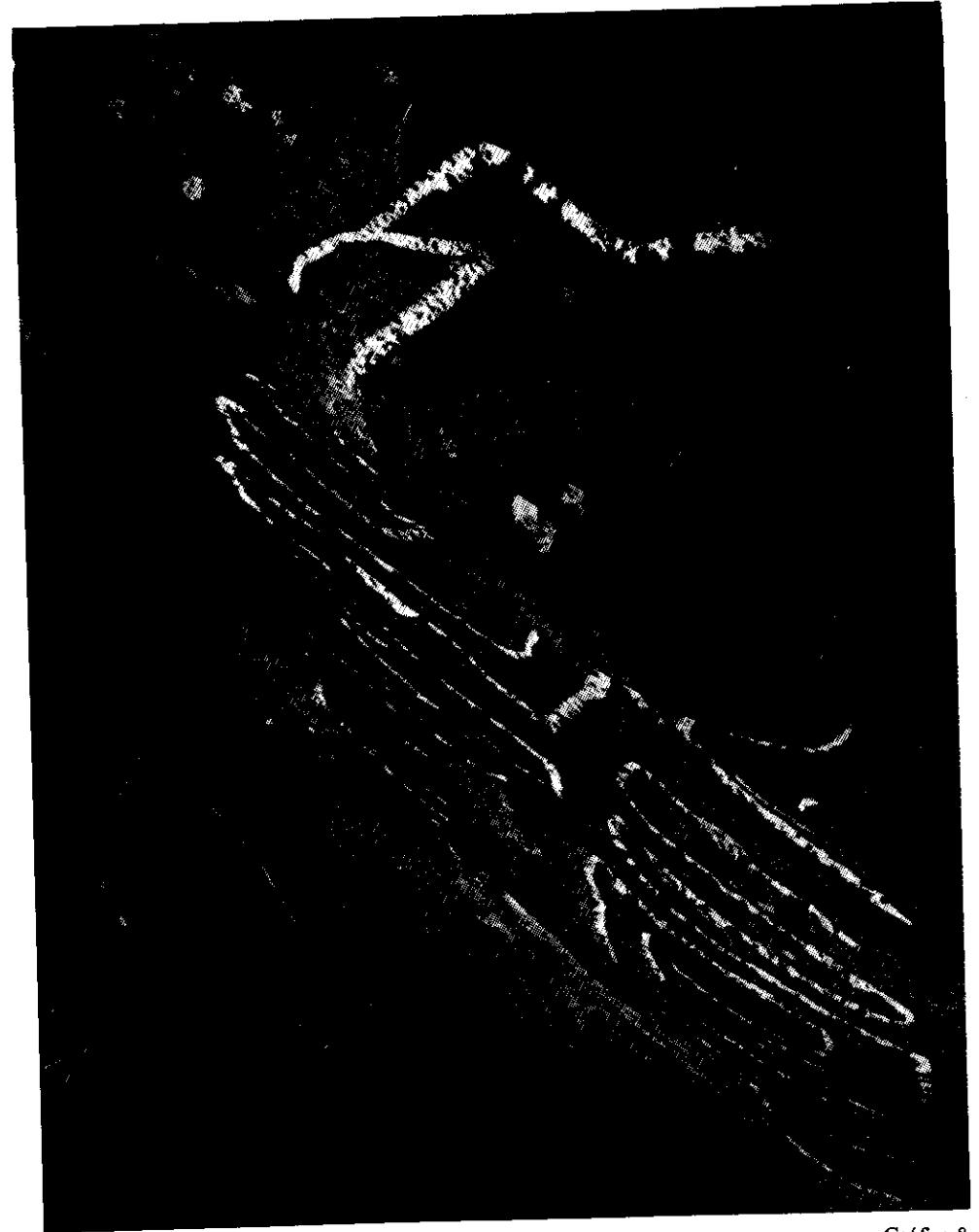
Gráfica 5.



Gráfica 6.



Gráfica 7.



Gráfica 8.



← Gráfica 9.

Gráfica 10.



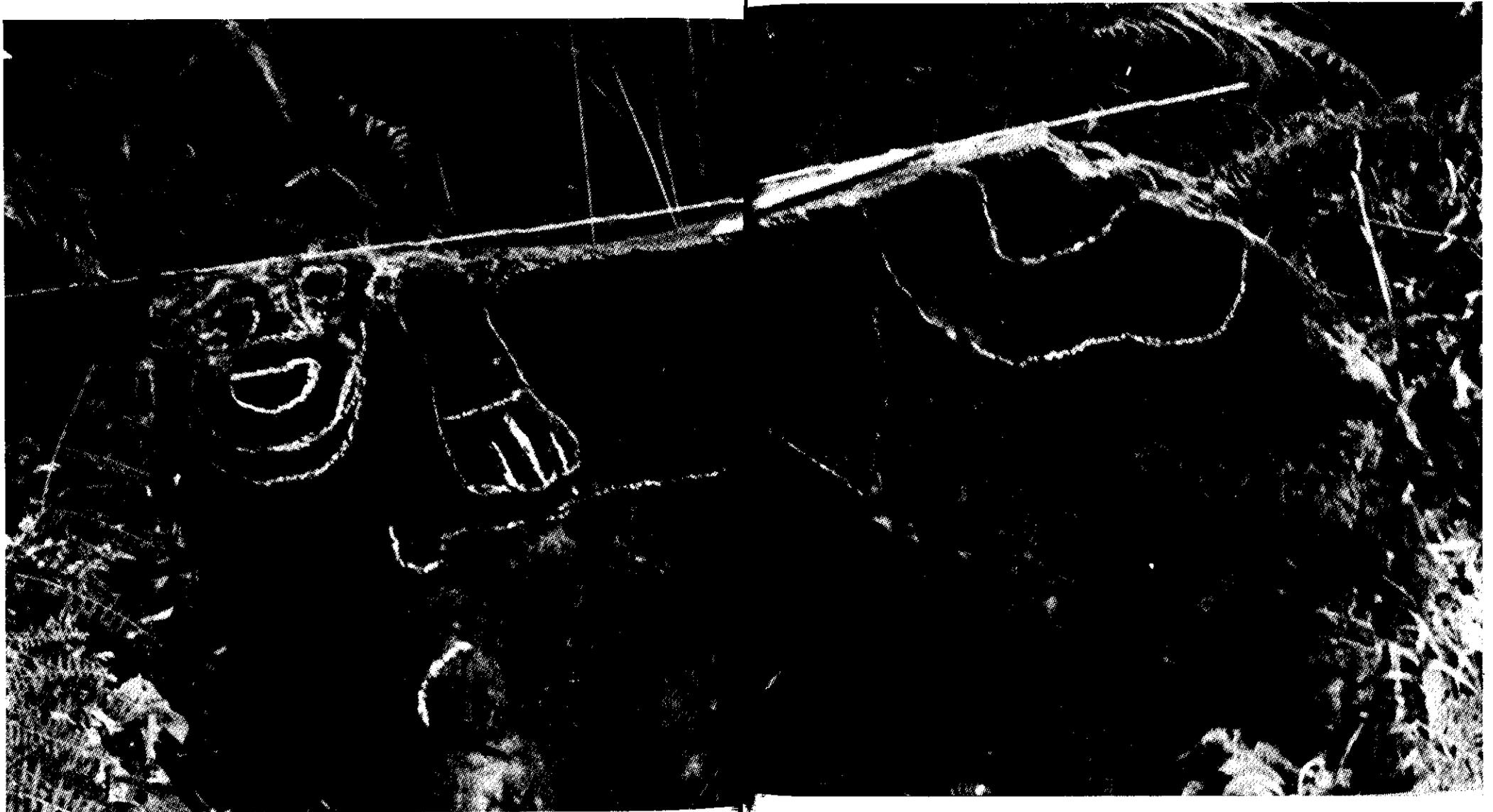
Gráfica 11.—Grabados rupestres de Alajuelita (cortesía del licenciado Carlos Meléndez).



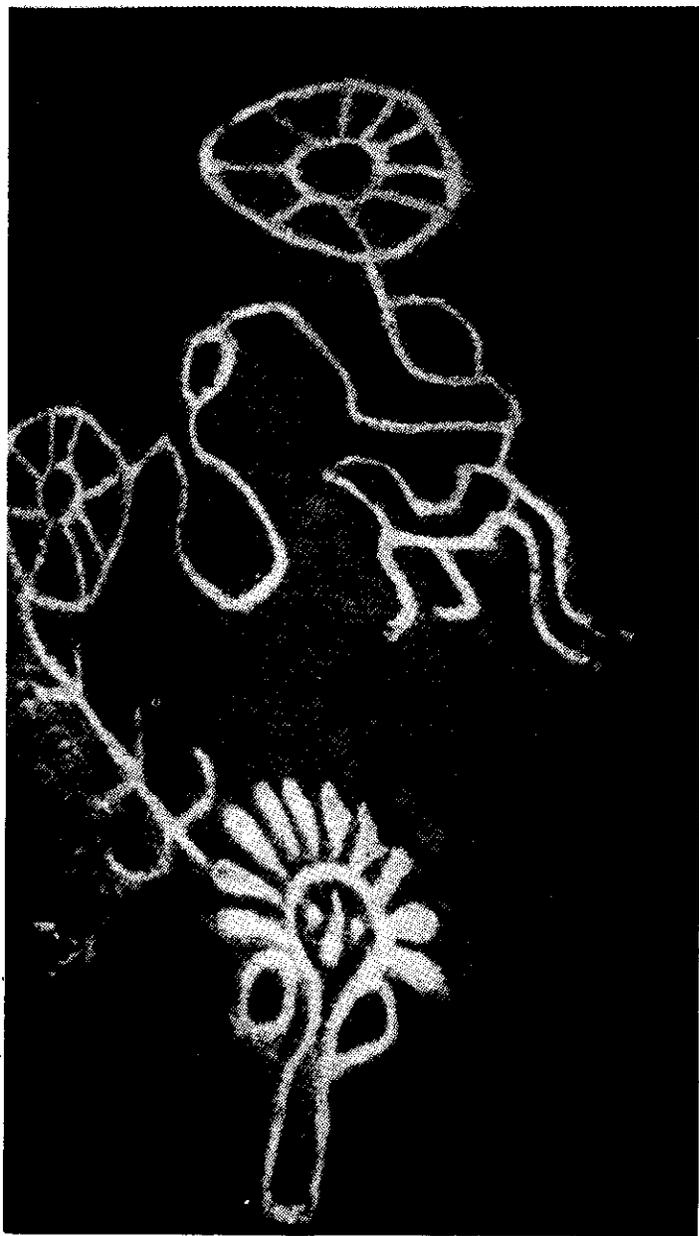
Gráfica 12



Gráfica 13.

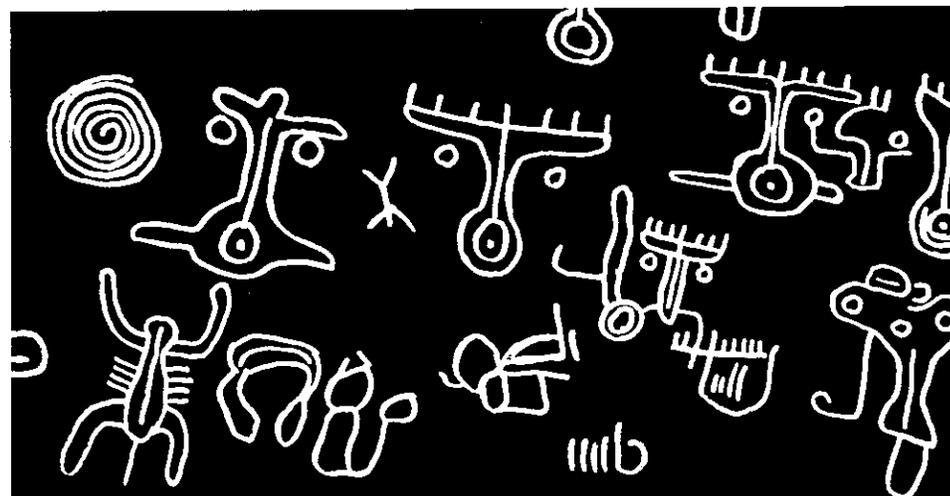


Gráfica 14.



Gráfica 15.

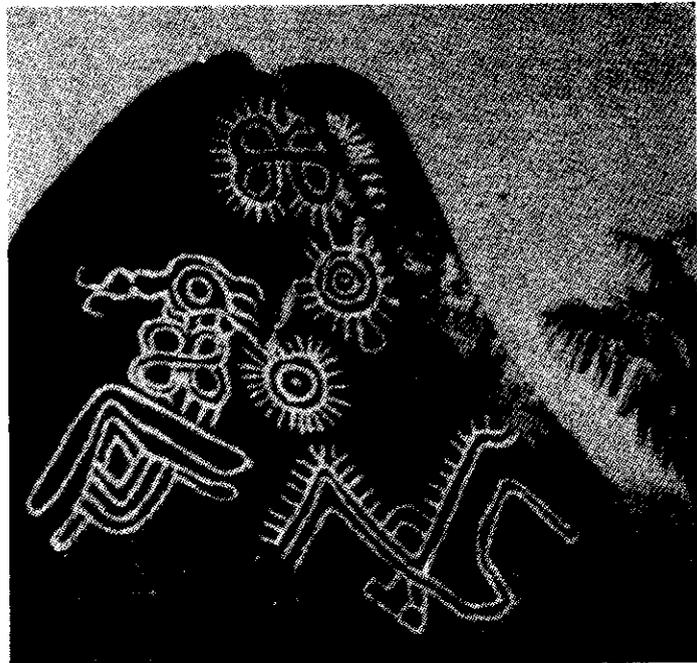
PETROGLIFOS DE PANAMÁ



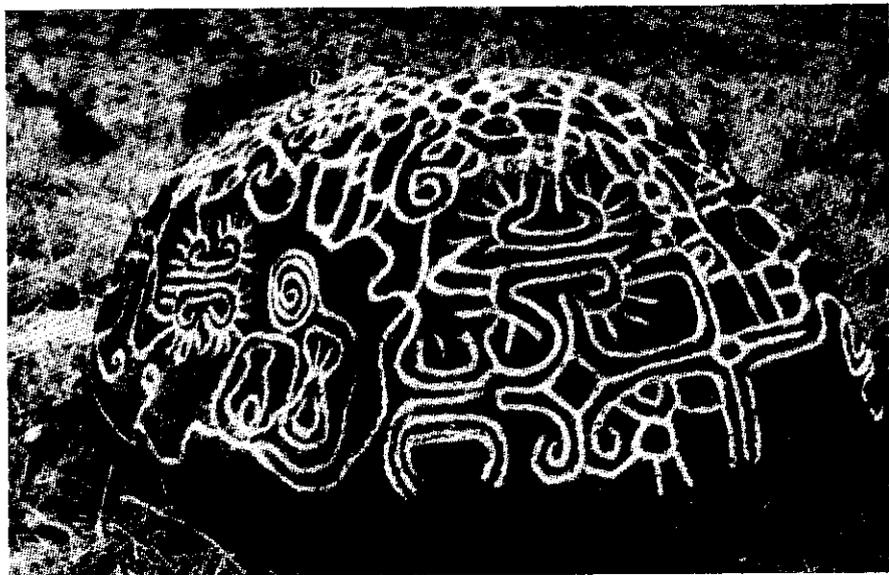
Gráfica 16.



Gráfica 17.



Gráfica 18.



Gráfica 19.

Otra figura rupestre del río Mono, provincia de Panamá, representa una gigantesca serpiente bicéfala formada por dos grandes espirales unidas en un solo cuerpo.

Una serpiente emplumada artísticamente grabada en "La Pintada" provincia de Coclé, muestra dos antenas decoradas con rayas, que pueden ser plumas o rayos solares.

La gráfica 17 reproduce un grabado rupestre de Remedios, provincia de Chiriquí, pág. 35 del citado catálogo. Representa un ser humano cuyos pies se prolongan en líneas sinuosas que sugieren relámpagos, tal como se ven durante las tempestades. El personaje luce, a manera de tocado, una barra adornada con tres rayas verticales. Las manos están sustituidas por el mismo signo.

Si, como parece probable, el símbolo de la barra con rayitas verticales identifica el numeral que corresponde a la divinidad, tendríamos aquí la representación de un dios Trino, equivalente del dios de la Tempestad en sus tres manifestaciones: rayo, trueno, relámpago, tal como define el *Popol-Vuh* a la personalidad de *Hurakán*. Este grabado rupestre representa la línea sinuosa de fuego dibujada por el relámpago de manera tan natural como lo registraría la mejor fotografía

En la página 15 del citado catálogo, predominan figuras de aves, entre las que aparece una de dos cabezas, mirando en sentido opuesto. Desde luego, el ave es inseparable de la serpiente que se manifiesta, en este caso, bajo la forma de espirales.

Una roca ilustrada en la página 10 está cubierta de círculos concéntricos y de círculos simples. Esas figuras recuerdan las de Ometepe.

La página 52 del citado catálogo representa un grabado rupestre de San Félix, provincia de Chiriquí, que consiste en un sol resplandeciente, similar a otro de Costa Rica. El núcleo solar está representado por un círculo con un punto en el centro, que sugiere el glifo *kin* de la epigrafía maya.

Varios petroglifos de Panamá representan la doble cruz, tan frecuente en Nicaragua; abundan las espirales y los círculos concéntricos. Algunas figuras rupestres quedan sumergidas bajo las aguas de un río, durante la estación pluviosa (por ejemplo, los petroglifos de la página 9, que representan cuatro monos y una espiral).

Son numerosos los altares simbólicos de atracción mágica de la lluvia, con cavidades, canales y una serie de intrincadas figuras.

El petroglifo de Calobre, provincia de Veraguas, que se reproduce en la gráfica 15, representa una serie de figuras importantes: un sol radiante junto a un Arbol de Vida con tres ramas dobles; dos círculos concéntricos, unidos por una línea sinuosa que pasa por dos reservorios de agua y un animal. Sin duda, otro altar del culto al agua, asociado al Arbol de Vida.

Muchos grabados rupestres llaman la atención por el simbolismo que representan.

Por ejemplo, la figura de dos soles radiantes, de El Valle, provincia de Coclé (pág. 21). De esos soles uno es grande, formado por tres círculos concéntricos con una figura cósmica en el centro, que equipara el sol al cosmos.

Otra figura solar más pequeña está formada por dos círculos concéntricos, ligados a la mayor por rayos que se unen. ¿Sol padre y sol hijo?

Hay coronas de rayos solares representadas por una serie de rayos dispuestos en abanico sobre un círculo, como se estila en el área tairona. Para más informes remito al lector a la publicación de Neville A. Harte.

En su citada obra (pág. 13), Reina Torres de Arauz, establece la contemporaneidad de los petroglifos panameños con los monumentos de Barriles.

Los grabados rupestres centroamericanos son documentos históricos de gran valor. En esos archivos de piedra, que fueron sus códigos, los indígenas nos legaron sus símbolos, su teología, su cosmogonía, sus mitos y sus ritos que, en gran parte, pueden interpretarse a la luz de la etnología. Los petroglifos centroamericanos muestran, dentro de sus variedades locales, cierta unidad que corresponde a un fondo etnológico común.

Establecen, además, relaciones de parentesco con los petroglifos de otras regiones. Tales relaciones ya fueron notadas por algunos investigadores.

Jorge A. Lines, por ejemplo, manifiesta que los grabados rupestres de Colombia, Venezuela y las Antillas, tienen una señalada semejanza con los nuestros huetares³. Doris Stone expresa la misma opinión, haciendo notar las semejanzas que existen entre los petroglifos centroamericanos, los de Suramérica y de las Antillas (*Handbook, op. cit.*, pág. 285). S. K. Lothrop, manifiesta que en las Antillas y en el norte de Suramérica, el tipo de petroglifo centroamericano es común.

En suma, la expansión del arte rupestre de tipo centroamericano es paralela a la extensión de las culturas Formativas.

³ Jorge A. Lines, *Esbozo arqueológico de Costa Rica*, San José de Costa Rica, 1939, página 239.

31. ARQUITECTURA, OBRAS PUBLICAS, SISTEMAS DE ENTIERRO

Poca atención se ha prestado a la arquitectura y a las obras públicas de la América Central. En todo el área existen obras notables de ingeniería, calzadas pavimentadas, puentes de piedra, puentes colgantes, canales, acequias, acueductos, represas, terrazas, murallas, fortalezas, baluartes de piedra, pirámides o montículos con escalinatas de piedra, a veces con rústicas alfardas (Costa Rica), obras megalíticas, rampas, torres, plataformas, banquetes, amojonamientos, gigantescos montículos de tierra, tumbas arquitectónicas, centros ceremoniales circundados por recintos de piedra, monumentos alineados y observatorios, que se mencionan a continuación.

Hubert Howe Bancroft¹, ofrece interesantes informes sobre el particular.

En la isla de Guanaja, Honduras, menciona la existencia de una muralla de considerable extensión y de unos pocos pies de alto, con sillas trípodes de piedra fijadas a intervalos en toscos nichos o aberturas, en los lados de ella. Excavaciones en forma de silla, hechas en rocas sólidas, en la misma isla.

En el valle de Comayagua hay grandes construcciones piramidales, plataformas, a menudo recubiertas de piedra, montículos de tierra y murallas de piedra. En Calamulla se ven montículos de cerca de 100 pies de largo, con dos plataformas que tienen gradas en la pendiente occidental. Hay indicios de que originalmente estuvieron recubiertos de piedras planas, que han sido removidas en su mayor parte. Esos túmulos están cuidadosamente orientados, y algunos de ellos tienen gradas de piedra en el centro, a cada lado. En uno o dos casos, aún permanecen en pie muros de piedra tallada. En Tenampua hay un grupo formado, casi en su totalidad, de montículos rectangulares, bien orientados, siendo algunos de ellos de piedra, pero los más de tierra, recubiertos de piedra. Los montículos más pequeños parecen

¹ Hubert Howe Bancroft, *The Native Races of the Pacific States*, vol. 14, cap. III, San Francisco, 1882.

arreglados en grupos conforme a algún sistema; tienen de dos a cuatro plataformas. Los mayores túmulos piramidales son de 60 a 100 pies de largo, teniendo, en muchos casos, gradas en el lado que mira al Oeste. En el centro de la mitad oriental de la meseta hay dos murallas de piedra, una exterior y otra interior, separadas por un espacio de diez pies, y teniendo cada una un espesor de dos pies. Encierran un área rectangular de 180 por 300 pies. A intervalos regulares hay muros transversales. Las murallas terminan por el lado occidental en dos montículos oblongos, entre ellos se encuentra la única entrada que tiene este recinto. Dentro del recinto hay un gran montículo piramidal con tres plataformas y con gradas por el lado del Oeste. Al Nordeste del recinto, y también provisto de gradería, se encuentra un montículo semejante. Las piedras que recubren las murallas, como en todas las obras de esta clase, no son talladas, pero están muy cuidadosamente colocadas sin cemento alguno. Todas esas construcciones están perfectamente orientadas.

Bancroft menciona otros montículos que descienden en tres terrados, de los cuales los más bajos están recubiertos de grandes piedras planas. Y fortificaciones que consisten en murallas de piedra, y tienen de seis a 16 pies de alto y de 10 a 20 pies de espesor en la base. Las rampas en las pendientes están cuidadosamente llenas de piedras; las murallas muestran señales de torres a intervalos, y presentan un exterior perpendicular.

Ya se ha hecho referencia a los caminos empedrados encontrados en varias partes de Honduras por H. J. Spinden y por el que esto escribe.

Alcina Franch distingue dos tipos de montículos en la costa del Nordeste de Honduras (área paya-hicaque): los construidos con piedras sin trabajar y los que, con un núcleo central de tierra, tienen también algunas partes formadas por piedras trabajadas. Además de esos dos tipos, hay otros solamente de tierra. Los montículos, base de templos o de habitaciones, se hallan distribuidos alrededor de patios y plazas, en forma más o menos regular. Cerca de San Esteban se ha encontrado un gran montículo de piedra, con amplia escalinata, igualmente de piedra, compuesta por siete escalones. En la cabecera del río Bonito se ha descubierto un conjunto arquitectónico sumamente curioso, compuesto por una serie de muros de piedra que forman habitaciones; en la central había cinco grandes altares de piedra.

Hay restos de obras de ingeniería, tales como caminos pavimentados y canales. Pueden señalarse cierto número de canales; uno de ellos separa la isla Helena de Roatán; otros existen en los alrededores de la Laguna de Guaimoreto (*op. cit.*, pág. 450).

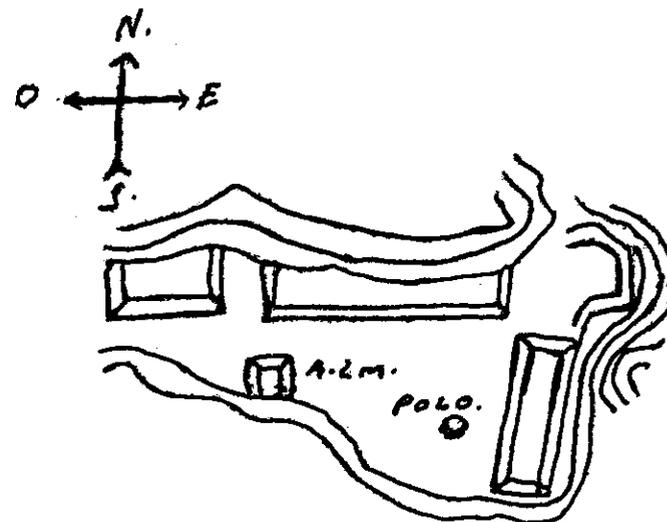
W. Duncan Strong describe centros ceremoniales en recintos amurallados y muros hechos de lozas de piedra, colocadas verticalmente en la isla de Bonaca. Menciona varios montículos con escalinatas de piedra, en el área paya, entre ellas una de siete pies, formada por grandes bloques de piedra. El citado investigador se refiere a las calzadas pavimentadas del área paya y

de las islas de Bahía, así como a los canales artificiales que localizó en Guaimoreto ².

Al tratar de mi expedición a la Mósquitia se ha dado a conocer el centro ceremonial de Copén, con sus montículos hechos de tierra y piedra, rodeados por una triple escalinata de piedra semitallada, o bien con dos escalinatas de acceso, una al Este y otra al Oeste. Se ha descrito también superficies pavimentadas con lozas planas, así como montículos protegidos en la base por muros de contención. Doris Stone señala la existencia de calles pavimentadas que dan acceso a terrazas y montículos de tierra revestidos de piedra.

En 1939 hice un reconocimiento del peñón fortificado de Cerquín, Honduras. A continuación se da el boceto de un fortín de este sistema defensivo.

Tenampua era un sitio estratégico bien fortificado; allí se ven murallas de hasta 10 metros de ancho, según informes de Mr. F. Lunardi (*op. cit.*, página 45).



Fortín de Cerquín (Escala 1/1250)

Carácter cronográfico de la escalinata.—Llama la atención el número de siete gradas que recurre con alguna frecuencia en las escalinatas. La de Tonjagua, cerca de San Esteban, tiene siete gradas, lo mismo que

² William Duncan Strong, *The Archaeology of Honduras*, en Handbook of S. A., I, *op. cit.*, págs. 74, 76.

otra de Quelepa, en El Salvador. Ese número de peldaños se observa en regiones tan distantes como el Mississipi y los Andes.

Evidentemente se trata de la representación de un numeral sagrado, el Siete. Los cunas consideran que para alcanzar el cielo, al final de su viaje *post-mortem*, deben ascender por una escalera de siete peldaños. El mismo concepto tienen los chortis y lo explican manifestando que "de la tierra al cielo sólo hay siete gradas". Por esa escalinata transita el dios Siete cuando "baja de su morada celeste a la tierra". Esta deidad, síntesis de todas las fuerzas cósmicas, procede de los siete senos del universo, como reza el *Chilam Balam*, de Chumayel. A la luz de estas creencias vigentes, es posible identificar el templo que corona una pirámide con siete gradas como un santuario del culto a la fertilidad.

Tales concepciones se objetivan, de manera espectacular, en la ciclópea escalinata de siete gradas que conduce al templo XXII de Copán (gráfica 1). Allí se celebraba el ritual del culto agrario, como lo indican los símbolos plasmados en ese grandioso monumento arquitectónico.

La rampa, elemento propio de culturas Formativas.—Resalta la existencia de rampas, como un elemento arquitectónico típico de culturas Formativas, desde el sureste de Norteamérica hasta los Andes Centrales. Bien conocida es la rampa de la pirámide de Cuicuilco, lo mismo que la de Turrilba, en Costa Rica. Baudez hace referencia a la de Los Naranjos, en Honduras. También hay rampas en Yarumela.

A veces, la rampa está combinada con la escalinata, como es el caso de la gran pirámide de Quelepa (El Salvador). En esta estructura, una larga rampa se continúa en la escalinata de siete gradas que da acceso a la plataforma. Son conocidas las ramas de Ecuador y de Chan Chan. Más adelante se tratará de este elemento arquitectónico.

NICARAGUA.—Federico Thieck nos dice que un grupo de seis ídolos de Chontales fueron encontrados alrededor de un montículo en pequeño apaje de piedra tallada de una altura que debía alcanzar siete metros y que tenía tres gradas de piedra. Vio, a 150 Km. de Juigalpa, un sitio arqueológico importante, que no era un simple túmulo, sino un montículo escalonado de alrededor de 5 m. de alto. En el sitio de San Fernando, a 3 Km. de Juigalpa, se ven columnas de piedra sin decoración. Una de ellas está emplazada en la cima de una pirámide. Todos los montículos de Chontales son revestidos de piedra.

Squier y Bovallius afirman que los ídolos de Zapatera fueron encontrados alrededor de montículos. La forma de los ídolos de la Punta del Zapote, Zapatera, nos permiten suponer que tenían una función de soporte, debido a la espiga de ensamble que los corona.

Esto afirma bien la existencia de una arquitectura ritual en Nicaragua, que algunos se niegan aún a reconocer a pesar de las descripciones de Bovallius y Jefferson (Thieck).

Se ha hecho referencia al informe de Squier acerca de la plaza ceremonial de Momotombito, que consistía en 50 ídolos colocados en cuadro. El citado investigador describe, además, una capilla de Subtiaba, cerca de León, con capacidad para cinco ídolos, con sus altares respectivos.

Bovallius encontró en el montículo 1 de Punta del Zapote seis esculturas en formación circular alrededor del montículo, y cree que originalmente formaron parte de un recinto levantado alrededor de la construcción. En la punta de las figuras encontró cinco grandes montículos más o menos ovalados y cuyos diámetros varían de 20 a 40 metros. En la isla de Zapatera hay montículos con escalinata de piedra.

Al tratar de la cultura tarasca, se ha mencionado el complejo ceremonial de Tiristarán, formado por una serie de esculturas clavadas en torno a un basamento de planta circular de un metro de alto por 10 m. de diámetro, que ofrece fuertes analogías con los complejos ceremoniales de Nicaragua.

H. J. Spinden describe un recinto ceremonial, cerca del río Prinzapolca. Tiene una columna en el centro. En esta misma zona, Le Baron encontró un centro ceremonial que consiste en tres monolitos dispuestos en un triángulo sobre piso pavimentado. Una de las esculturas representa una cara humana, toscamente tallada; otro, muestra figuras geométricas, y el tercero, un petroglifo circular.

Es interesante poner en relación este monolito con los de Venezuela, que se muestran en la gráfica 2. Proceden de la cuenca del Orinoco y están decorados con una sola figura, la de un círculo con un punto en el centro, es decir, un símbolo solar. La foto ha sido tomada por mí en el Museo de Ciencias Naturales de Caracas, en 1949. Hoy ha desaparecido de dicho museo. Esos monolitos miden, respectivamente, 1,54 m. y 1,08 m. de alto.

Caminos ceremoniales.—El Hno. Hildeberto María describe tres calzadas ceremoniales, en la isla del Muerto, que convergen hacia la plaza.

Estas vías sacras se encuentran en toda la América Central y en todas las culturas Formativas, desde las calles empedradas de Hopewell, en Norteamérica, hasta los Andes.

Son los *sak bee* de los mayas, que alcanzan un desarrollo espectacular durante el período clásico.

COSTA RICA.—Conocemos las estructuras y montículos funerarios de Las Mercedes gracias a los croquis de Hartman.

Al igual que en Nicaragua, en la región del Pacífico se encuentran montículos de tierra y piedra asociados a una estatua, colocados al pie o en la cima del túmulo.

En la región de Diquis hay restos de muros de piedra. Doris Stone, que informa sobre el particular, menciona la existencia de sitios fortificados en el Altiplano y de un amplia calzada de piedra, con señales de puentes colgantes. Encontró calzadas pavimentadas de 7 metros de ancho, enterradas a un metro de profundidad. Describe, además, unas plataformas sobre las cuales descansaban esferas monolíticas, lo que indica la existencia de un sentido de ingeniería. Considera que las calzadas de piedra y agrupación de túmulos en el área de Línea Vieja recuerdan a las construcciones del área tairona (D. S., *op. cit.*, págs. 17, 20).

Alcina Franch se refiere a montículos de tierra recubiertos de piedra y algunos muros, probablemente de fortalezas, en la región de Diquis.

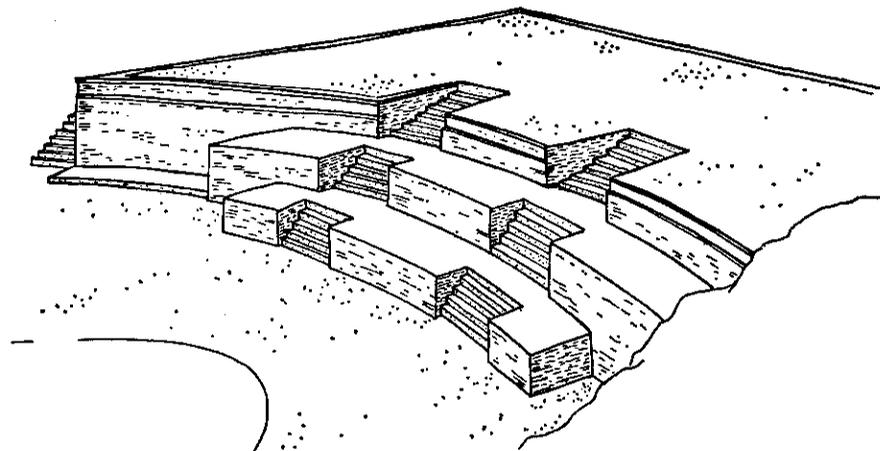
Uno de los sitios arqueológicos es el de Guayabo de Turrialba, descubierto en 1967, y excavado el año siguiente por Carlos H. Aguilar. Allí se encuentran pirámides de piedra con escalinatas, calles pavimentadas, puentes de piedra y una red de acueductos, que parten de un ojo de agua localizado en el centro mismo del complejo arqueológico.

En su ponencia al XXXIX Congreso Internacional de Americanistas, Carlos H. Aguilar hace referencia a más de 15 montículos circulares, compuestos de dos, tres o cuatro hileras de piedras superpuestas. El más predominante se inicia un poco más arriba del piso actual con una pequeña banqueta, luego sigue la pared inclinada con seis o siete hileras de piedras, para rematar, por último, en dos paredes escalonadas de poca altura. Un elemento arquitectónico muy importante son las gradas. El montículo A presenta dos escalinatas. La que está al lado Oeste es más ancha en el arranque que en la parte superior. Algunos de los montículos más bajos superan sus diferencias por medio de rampas, y en el caso del montículo D, el ascenso se realiza por medio de una rampa hasta la mitad de la altura y la otra mitad se supera por medio de gradas. Agrega que los círculos de piedra, como basamentos para viviendas, se encuentran con mucha frecuencia en la vertiente del Atlántico de Costa Rica, algunos de ellos presentan rampas y gradas para superar las diferencias de declive entre el suelo y el nivel superior.

Los espacios entre los montículos, en la mayor parte, han sido pavimentados. Otro de los elementos arquitectónicos importantes es el sistema de acueductos. Se han localizado cuatro hasta el momento. Esas acequias, encajonadas en lajas, pueden franquearse pasando sobre puentes de grandes lajas o por medio de gradas. La mayor parte de las calzadas convergen hacia el montículo principal. Curiosas son en el montículo D. las gradas circulares levantadas en la esquina de la rampa. Un nuevo componente de las gradas lo encontramos en las del montículo B, en donde puede observarse una fila de piedras colocadas a cada lado a modo de alfardas. En otro informe, Aguilar hace notar que Guayabo de Turrialba

constituye un complejo de más de diez manzanas entre los ríos Lajas y Lajitas, con un eje central formado por un ojo de agua y su correspondiente acueducto; algunas escalinatas están protegidas con toscas alfardas.

Compara el citado investigador este sitio arqueológico con los de la cultura Tairona en la Sierra Nevada de Santa Marta (Colombia), que tiene los mismos elementos: muros de contención, basamentos circulares, gradas, calzadas y acueductos. La experiencia adquirida en la construcción pudo muy bien haber conducido a la edificación de un poblado como el de Guayabo, sin que mediara una importación cultural foránea, pues es posible descubrir sus propios antecedentes en el área.



Estructura tairona (reproducción de la obra de G. Riechel-Dolmatoff, *Colombia* (Londres, 1965, pág. 147).

Aguilar, Stone y otros arqueólogos comparan la arquitectura lítica de Costa Rica a la tairona, considerada como la cumbre del desarrollo cultural andino, en Colombia.

La arquitectura tairona y la de Costa Rica ofrecen grandes semejanzas. La arquitectura es una extensión de la centroamericana.

PANAMA.—Los centros ceremoniales de Panamá ofrecen diferentes aspectos, predominando el "patio", con ídolos alineados, modalidad arquitectónica que recuerda los santuarios de Nicaragua y las plazas ceremoniales mayas.

Stirling, que trabajó dos meses en Barriles, informa haber encontrado restos de pisos rectangulares o fundación de lajas. El centro ceremonial de Barriles tenía 50 yardas de largo por 20 de ancho. Al este se encontraba un petroglifo; al oeste, una fila de estatuas.

Alain Ichon encontró las espectaculares esculturas de Barriles alineadas entre la plataforma ceremonial y el camino.

La cultura Bijagurales de Panamá se caracteriza en varios sitios por plataformas circulares de 10 a 20 metros de diámetro, que deben haber sido centros ceremoniales.

Lothrop informa que en Sitio Conde hay columnas monolíticas, altares de piedra y pisos que conforman un centro ceremonial.

El citado investigador reproduce el plano del recinto ceremonial localizado en Río Cano, provincia de Coclé, por A. Hyatt Verril en 1926 (*op. cit.*, pág. 31, vol. I). Filas de columnas muy altas (alcanzan hasta 6 metros por 61 centímetros de diámetro) alternan con esculturas antropomorfas y zoomorfas. Dos de esas estatuas se reproducen en la gráfica 8.

Las filas de monolitos están dispuestas como sigue: la exterior compuesta de 21 columnas, le sigue un alineamiento de figuras zoomorfas y la tercera fila, la del interior, consiste en esculturas antropomorfas. Cubren la parte oriental de un gigantesco plano rectangular. En la sección occidental se repiten esas filas de monumentos, en el mismo orden de sucesión, afuera las 21 columnas, luego las esculturas zoomorfas y, por último, las antropomorfas, que están frente a las estatuas de la sección opuesta. En el centro, la columna más alta, rodeada de cuatro ídolos, dispuestos en forma de cruz, señala el punto central del cuadrángulo, que corresponde al centro del universo.

Este conjunto de monumentos, que parece una selva ordenada de columnas, representa el plano cósmico con su centro, en medio de la cruz.

Fuera de este grupo de monolitos, pero circunscritos dentro de un vasto espacio rectangular, hay series de columnas e ídolos situados en dirección del Este, del Norte y del Sur, que, sin duda, en combinación con las otras, debían constituir un observatorio astronómico.

Observatorios astronómicos asociados a centros ceremoniales.—En la América Central, lo mismo que en la cultura preclásica, se conocen diversos sistemas de observaciones astronómicas.

En la región de río Grande de Terraba hay varios centros ceremoniales en los que esferas monolíticas sustituyen, al parecer, las esculturas antropomorfas. Doris Stone nos ofrece un interesante estudio sobre el particular³.

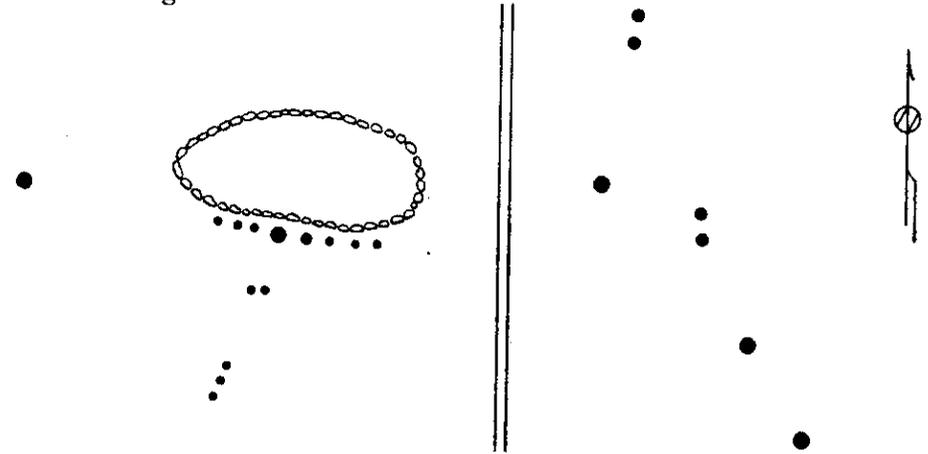
En Farm 5 hay ocho esferas monolíticas colocadas en fila, paralelamente a la base de un montículo. Esa línea integra un complejo de catorce esferas. Diez metros al sur de este grupo hay dos bolas de piedra colocadas a la par,

³ Doris Stone, "A preliminary investigation of the flood plain of the rio Grande de Terraba" (*American Antiquity*, vol. 9, n.º 1, July, 1943).

15 metros más al sur hay tres más, alineadas perpendicularmente a la fila del primer grupo, y al oeste de aquél, una bola de grandes dimensiones. Se reproduce aquí el diagrama de Doris Stone.

No hay diferencias conceptuales entre las esferas monolíticas y las esculturas antropomorfas y zoomorfas, ya que éstas representan a dioses en su forma astral, como se ha dicho en otra parte.

Los dioses son, a la vez, seres antropomorfos o zoomorfos, astros y numerales sagrados.



Alineamiento y ordenamiento de esferas monolíticas en Farm 5 y 7, según Doris Stone.

De ahí que la posición estrictamente ordenada de esas esferas monolíticas de diferentes dimensiones han de representar ciertos fenómenos astronómicos concomitantes con algún sistema de computar el tiempo, que se dramatizaba ritualmente en el centro ceremonial.

Al tratar del simbolismo de los grabados rupestres del santuario de El Muerto se ha ilustrado una cruz calada en el centro de la plataforma ceremonial, que está orientada exactamente hacia los puntos cardinales. Servía de marcador astronómico y punto de referencia para la observación de los astros. Señala a la Cruz del Sur, que determina el comienzo de la estación de lluvia. Este observatorio astronómico debía complementarse con otras figuras grabadas en dicho centro ceremonial, pero no han sido debidamente estudiadas.

La mayor parte de los monumentos de Chontales tienen la forma de una columna. La mayor, de 4,85 metros de alto, estaba emplazada simbólicamente en el centro del cosmos. Cumplía, indudablemente, función de observatorio astronómico en combinación con otras columnas, como en Panamá. En el sitio arqueológico de Prinzapolca, reseñado por Le Baron, tres

monolitos de ocho pies de alto estaban dispuestos en triángulo sobre un piso pavimentado.

Este tríptico puede compararse al observatorio astronómico de Uaxactún, descrito e ilustrado por Franz Blom, formado por tres estelas colocadas en triángulo sobre un pavimento. De una de ellas partía la visual sobre las otras que señalaban los solsticios.

En Chavin se encuentran tres columnas dispuestas en forma similar, que constituyen un observatorio astronómico.

Se ha descrito, precedentemente, el observatorio de Monte Alto, formado por quince estelas lisas, que E. Shook considera el más antiguo del continente. Como todos los observatorios americanos, está asociado a un centro ceremonial.

A la luz de las observaciones astronómicas empíricas practicadas actualmente por los chortis, puede inferirse las que se realizaban con el auxilio de columnas o estelas. El sacerdote astrónomo registra la posición y altura del sol, mediante un gnomón en el patio del templo; sus puntos de referencia están en el horizonte visible, marcados en relieves de la topografía local.

Al tratar de las culturas andinas, se darán más amplias referencias acerca de las intihuatanas y sistemas de registro astronómico.

Complejo y arquitectura funerarios

El complejo funerario es de importancia fundamental en las culturas centroamericanas, como se ha visto al tratar del culto a los muertos en la sección Etnografía. Las creaciones artísticas más bellas eran destinadas al ajuar funerario.

Debido a la creencia general de que el alma estaba ligada al cuerpo, los centroamericanos conservaban el cadáver de diferentes maneras.

Momificación.—La conservación por desecamiento del cuerpo era corriente en la América Central y se practicaba entre los quekchís hasta los tiempos actuales. En algunos lugares se llegó a la momificación.

Don Bartolomé Colón vio sepulcros donde estaban depositados cuerpos embalsamados, sin mal olor, envueltos en bellas telas de algodón. Sobre la tumba estaba colocada una escultura de animal o la efigie del muerto. El cadáver estaba adornado con joyas, oro y collares de cuentas.

Fray Agustín de Cevallos dice que embalsamaban el cadáver con trementina; desecaban el cuerpo para que no se descompusiera. El aceite de caraña (simaruba esp. Linn) era una resina usada por los bruncas para embalsamar sus muertos, curar heridas y torceduras y también para quemar en sus fiestas, a guisa de incienso (J. A. Lines).

Se menciona una casa que servía para depósito de momias (Doris Stone). También hay referencia de entierros en casas.

Conocida era la práctica de colocar máscaras sobre la cara del difunto (Doris Stone). Dicha costumbre estaba muy extendida en todo el área. Conzemius se refiere a máscaras de barro, mezclado ocasionalmente con polvo de oro, encontrado en el interior de la Mosquitia (E. Conzemius, *op. cit.*, pág. 50).

En todo el área se practicaba el entierro colectivo de jefes o notabilidades, acompañados de sus mujeres y domésticos para que le sirvieran en la otra vida.

Impresionante es la descripción que hace Gaspar Espinoza acerca de la preparación del jefe Parita (Panamá) para su inhumación en 1519. Además de estar envuelto en "muchas mantas muy buenas y muy pintadas, liadas con cordeles de algodón y cordeles hechos de cabellos de indios", el cadáver estaba literalmente cubierto de joyas y adornos de oro de la cabeza a los pies.

Reina Torres de Arauz manifiesta que en Sitio Conde se encontró la tumba de un jefe cuyo cuerpo mostraba evidencias de haber sido secado al fuego, y el cual había estado originalmente sentado sobre una laja. Este jefe estaba rodeado de los esqueletos de sus sirvientes, quienes habían sido sacrificados para el ceremonial fúnebre (R. T. de A., *Arte precolombino de Panamá, op. cit.*, pág. 18).

Curiosas sepulturas encontradas en el sitio llamado El Indio (Panamá) muestran al esqueleto sentado sobre metates. Uno de esos metates, de 82 centímetros de longitud, puede verse en el Museo Arqueológico de Panamá.

Con los muertos enterraban la imagen de sus dioses tutelares, que los acompañaban en el más allá.

No es exclusiva de los centroamericanos la práctica de la momificación de cadáveres. Era conocida de diversas maneras (desecación del cuerpo al sol o por el fuego, momificación en diversos grados), desde el oriente de Norteamérica hasta el sur de los Andes, en las Antillas y el Amazonas, reservándose ese tratamiento para los jefes o sacerdotes.

Los tarascos embalsamaban a sus muertos (cita anterior). Al igual que los centroamericanos, los chibchas de Bogotá usaban el procedimiento de conservar el cadáver por medio de resinas. El arte de la momificación de tipo huetar era conocido también en México, en el Sinu, en Maracaibo, en Ecuador y en el Perú, según el mapa de distribución publicado por Linné.

Al igual que en Costa Rica, en el Perú existían casas especiales para depositar las momias.

En suma, la momificación es un rasgo cultural propio de las culturas Formativas.

Entierro secundario en urna.—Otro sistema de conservación de los despojos humanos era el entierro secundario en urna, que se practicaba en

todo el área. Estaba asociado, a veces, a la cremación. En la región paya hay urnas que muestran restos de cremación.

Según referencia de Conzemius, los sumos practicaban ocasionalmente el entierro secundario en urnas y la cremación. Colocaban las cenizas en una olla de barro, como lo hacían las tribus de la región del Pacífico. Asimismo, los miskitos practicaban el entierro secundario en urnas. Un año después de la inhumación, la viuda abría la fosa y sacaba el cadáver. Raspaba los huesos para eliminar los restos de carne, los lavaba y los secaba al sol (Exquemelin, citado por Conzemius).

En Chontales también se practicaba el entierro secundario. El sitio funerario era señalado con una lápida o un montón de piedras.

Ese sistema era conocido también en el área maya del Pacífico y en Los Altos. En el Paisnal, El Salvador, son famosas las urnas funerarias de gran tamaño. En los Altos de Guatemala y Chiapas hay urnas decoradas con figuras humanas o de animales, principalmente de felino.

En Nicaragua y Costa Rica se encuentran sarcófagos en forma de zapato. Asimismo, hay ollas funerarias cubiertas con una vasija invertida y horadada en el centro, como la que usan todavía los hicaques (ver la foto pertinente).

Los centroamericanos se preocupaban por la conservación de los huesos de sus muertos. El entierro secundario era una práctica popular que subsiste aún entre los talamanca.

El entierro secundario en urnas (huesos o cenizas) es un rasgo típico de las culturas Formativas, desde el oriente de Norteamérica hasta los Andes y las Bocas del Amazonas, las Guayanas, etc. La urna funeraria era desconocida en la época de la agricultura incipiente. Los tupi guaraní la adoptaron de sus vecinos más civilizados. Pero esa costumbre no penetró en todos los grupos. Las grandes urnas taironas están generalmente cubiertas con ollas invertidas, como en la América Central. En Colombia se ha encontrado ese sistema de sepultamiento en Popayan, Pasto, San Agustín y otros sitios más.

La cremación era una costumbre muy difundida en América, desde el este y el oeste de Norteamérica a los Andes. Se practicaba en el área tarasca, en Guerrero, entre los chichimecas, en el área maya, en Colombia, en la cuenca del Orinoco, en las Guayanas, en Marajó, en las Antillas y en los Andes.

Asimismo, el entierro colectivo —exclusivo para jefes y sacerdotes— es característico del horizonte Formativo. Era practicado desde el país de los Natchez hasta los Andes Centrales. En todo el área, las mujeres y servidores del jefe debían acompañarlo en el más allá.

Mito de origen de la cremación.—El mito de origen de la cremación está registrado en el episodio del *Popol-Vuh*, en que los héroes civilizadores se arrojan a la hoguera de Xibalba, de la que resurgen convertidos en el sol y la luna. El mito de la hoguera dramatiza un rito de purificación para pasar de un estado a otro. De esta manera, *Hunahpú* ejemplifica el destino final del

jefe, que, después de la cremación, se transforma en un dios. Así se explica la costumbre de cremar solamente los jefes, así como los símbolos solares asociados a esa práctica.

La tumba y su identificación.—Generalmente, la forma exterior de las tumbas se presenta como un pequeño montículo cónico. Así, las encontramos desde la fase Adena, en las culturas del oriente de Norteamérica hasta Colombia y el Perú. Como se ha dicho, estos montículos abundan en Las Charcas y en el área maya del Pacífico.

No deben confundirse esos monumentos funerarios con los montículos de tierra, de dimensiones considerables, de carácter ceremonial, típicos de culturas Formativas; se encuentran desde el oriente de Norteamérica hasta la América del Sur. En el curso de la presente exposición se ha hecho referencia a algunas de esas grandes masas de tierra construidas por los pueblos centroamericanos.

Para señalar la presencia de una tumba se usaban diversos métodos.

En Chiriquí, una columna de piedra era colocada sobre la tumba. Algunos enterramientos de Nicaragua presentaban una columna, con o sin relieve en el centro. Otros estaban rodeados de piedra.

Según referencias de Conzemius, los sumo-miskitos colocaban estatuas o pilares grabados sobre tumbas. Spinden ilustra uno de esos monumentos funerarios que vio en Tocomacho.

Lothrop describe pequeños montículos de forma cónica que soportan, a veces, columnitas de piedra de dos o tres pies de alto⁴. Esos montículos funerarios coronados por un menhir son característicos del área "chorotega" (léase centroamericana).

La erección de un menhir sobre la tumba, usual en la América Central, tiene un largo historial, que se remonta al horizonte de la agricultura incipiente, a juzgar por la costumbre de los indios de la selva tropical de colocar un poste de madera para señalar el emplazamiento de la tumba. Asimismo, los araucanos, que Mengin considera entroncados con los silvícolas, eregían un poste-efigie sobre la tumba de sus deudos, como puede apreciarse en la gráfica 8. A este poste funerario lo llamaban Chemanlayi, que significa gente de madera.

El menhir, como monumento funerario, es conocido en el área circumcaribe y en Ecuador (ver gráfica 2, que representa un menhir pequeño y una columna con figura geométrica de Venezuela).

Columnitas de piedra a manera de menhir colocadas sobre montículos funerarios ocurren en Colombia, Venezuela, Ecuador y Perú.

⁴ S. K. Lothrop, *Pottery of Costa Rica and Nicaragua*, Museum of the American Indian, Heye Foundation, vol. VIII, New York, 1926.

En el mazico colombiano se colocaba una pequeña escultura sobre la tumba, y este monumento representaba al difunto (F. Lunardi).

En las llamadas tolas de la costa del Ecuador se ponía, generalmente, un pequeño monolito de aproximadamente 1,30 metros de alto. Estaba adornado con figuras de monos, de felinos, aves, etc. Esa costumbre se ha mantenido hasta los tiempos históricos. En tumbas cercanas a Quito se encontraron pilares totalmente esculpidos.

En Nicaragua hay entierros que se identifican por la presencia de cuatro columnas colocadas en las cuatro esquinas (A. F., pág. 457). En Guayabal, Panamá, las tumbas eran señaladas por lajas, colocadas en forma de triángulo. Las tumbas eran construidas, generalmente, con lozas o lajas de piedra colocadas vertical y horizontalmente, formando cistas de planta oval o rectangular (Wassen). En Chiriquí, como en Nicaragua, hay tumbas señaladas por cuatro columnas, que corresponden a los cuatro rumbos del mundo. Lothrop señala la existencia de pequeños montículos funerarios de forma cónica que soportan, a veces, columnitas de piedra de dos a tres pies de altura. Tumbas rodeadas de círculos de piedra (figura solar) han sido señaladas en la región de Nicoya y de la cuenca atlántica, en Costa Rica, en Diquis y en Nicaragua. En el valle del General, a menudo, se colocaban grandes lajas de piedra puestas verticalmente para señalar la sepultura. En la misma región, un cementerio estaba marcado por esferas monolíticas de 1,21 metros de diámetro. Una señalaba el límite oriental, y la otra, el occidental (Doris Stone). Ya se ha dicho que este sistema de señalamiento por bolas de piedra era conocido en el área tarasca. El simbolismo de los círculos de piedra es equivalente al de las esferas monolíticas, pues ambos representan al sol. En Honduras se colocaban, a veces, piedras erectas sobre la tumba, a guisa de menhir. En el valle de Sula-Ulua, unas estelas lisas, ilustradas por Doris Stone, eran, según la citada investigadora, marcadores de tumbas (ilustración en lámina 32 del Handbook..., *op. cit.*).

Sistemas de entierro.—Los sarcófagos de piedra tienen alta antigüedad en la cultura maya y la olmeca, pues se han encontrado en Izapa, La Venta y en Nejab, lo mismo que durante el clásico (Palenque). Existen también en San Agustín. Las sepulturas centroamericanas hechas con lajas, a manera de caja mortuoria, se acercan al sarcófago. En el Perú se encontraron varias cajas de piedra, como se verá más adelante.

El entierro en cista, formada por grandes lajas colocadas verticalmente sobre un plano cuadrangular, circular u ovalado era general en todo el área centroamericana. Hay cistas que tienen un nicho de piedra en la esquina de la tumba. Esas sepulturas eran cubiertas con lozas (Doris Stone).

En Paracas hay tumbas circulares forradas de piedra, como en la América Central.

En Mombacho, Nicaragua, hay cistas rectangulares forradas con lajas, colocadas a manera de caja (Doris Stone). En Genaniquita, Panamá, se ven montículos que presentan sustentación interior hecha de piedra sin labrar, dispuestas circularmente.

M. A. de Zeltner describe una de esas tumbas de Panamá sostenidas por pilares de piedra sin bóveda. Son hoyos cuadrangulares que tienen en cada ángulo un pilar de piedra cuadrado; en el centro se encuentra otro más pequeño, pero en todo igual a los demás. Hay además tumbas que tienen cuatro pilares de metro y medio de alto. Entre cada pilar hay un empedrado hecho con piedras casi redondas; sus dimensiones son iguales a las tumbas con bóveda de tierra, con la diferencia que la bóveda está formada con baldosas planas⁵.

Tal estructura de las tumbas con pilares y bóveda recuerda las cámaras sepulcrales de Tierra Adentro, en Colombia.

En Diquis hay tumbas de laja que están cubiertas por vigas de piedra. Este sistema puede ponerse en relación con el que existía en Kaminaljuyú durante el período preclásico. Algunas vigas de piedra fueron trasladadas de este sitio arqueológico al parque La Aurora (Guatemala), donde pueden verse. El mismo sistema de techo sobre la tumba se encuentra en La Venta, con vigas de piedra de mayores dimensiones que las de Kaminaljuyú.

En Comayagua y otros sitios centroamericanos se practicaba el entierro en cuevas, lo mismo que en el este de El Salvador y en algunas zonas del área maya. En Lanquin, Alta Verapaz, se han localizado varios entierros en cuevas.

También se practicaba el sepultamiento en los cerros, como lo hacen todavía los hicaques y los talamancas.

En Chontales, los restos mortuorios eran depositados en la cima de un cerro. El sitio funerario era señalado con una lápida o cinco montones de piedra que configuran un ideograma cósmico. Los talamancas colocan el paquete de huesos en el cementerio situado en la cima de un cerro. Las tumbas del clan son conocidas con el nombre de *pu* (Doris Stone).

La tumba de pozo con cámara lateral.—Este tipo de entierro ha sido localizado en El Salvador por Stanley Boggs. Las tumbas de El Salvador tienen la forma de un zapato, es decir, abovedada.

En Panamá se encontraron varias tumbas de pozo con cámara lateral en los sitios de Guacamayo y Tabasara (Roberto de la Guardia), en Las Huacas y Sonia (M. M. Alba). Los pozos están cubiertos con una losa; en el fondo se abre un pasadizo que da acceso a una cámara cuadrangular, en la que fueron encontrados restos óseos y cerámica.

⁵ M. A. de Zeltner, "Sepulturas indias del departamento de Chiriquí en el Estado de Panamá", en *Boletín del Museo Chiricano*, n.º 4, mayo de 1967.

En Costa Rica se conocen desde mucho tiempo las tumbas de tipo de Cañas Bravas y Aguas Buenas (Doris Stone, informe personal).

En uno de mis viajes a Costa Rica, a fines de 1970, encontré a Carlos Aguilar en plena actividad de catalogación de la cerámica encontrada en una docena de tumbas en forma de botella, recién descubiertas por una pala mecánica al excavar una zanja en La Sabana, dentro del perímetro de la capital.

Acompañado de Jorge Lines fui a ver este famoso sitio arqueológico en plena estación de lluvias, pero encontré las excavaciones llenas de agua y lodo.

Enormes urnas de paredes gruesas y lisas, color rojizo y con perforaciones de nueve agujeros en el fondo; alguna cerámica bicroma y otra con decoración escaficada estaban asociadas a esas tumbas. Son restos humanos.

Las tumbas tienen un pozo de un metro, que se abre sobre una amplia cámara de forma circular (tipo botellón) de tres metros de diámetro y cuatro de profundidad, incluso el pozo.

Según la opinión de Aguilar, esas tumbas son anteriores a las de laja. Están cavadas en arcilla muy compacta.

Cada tumba estaba provista de su "psicoducto", que consiste en una angosta chimenea de corte circular, que aparentemente conectaba la cámara funeraria con el mundo exterior. El foramen está perforado de abajo para arriba, en forma semejante a los "psicoductos" mayas, pero no alcanza el nivel de la superficie. En la misma zona hay cementerios circundados por lajas colocadas verticalmente, unas en forma de cruz (J. Lines).

Los guaimis practican todavía el entierro en tumbas de tiro.

Asimismo, los subtiabas de Nicaragua usaban ese sistema de enterramiento hasta hace pocos años, como se ha dicho en la sección Etnografía. Esa tradición, que se ha mantenido hasta nuestro siglo, revela que deben encontrarse en Nicaragua tumbas de pozo con cámara lateral, cuando los arqueólogos emprendan investigaciones sistemáticas al respecto.

Ese tipo de tumba tiene amplia difusión geográfica. En capítulo anterior se ha hecho referencia a la arquitectura funeraria de las tumbas de tiro, en el área tarasca y en el área maya.

Además de las tumbas centroamericanas, mayas y tarascas, se encuentra la tumba de tiro en los Andes venezolanos, donde se llama *mintoy*, en Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia, el noroeste de Argentina y en las bocas del Amazonas.

El "psicoducto" es un elemento inseparable de la tumba, ya que permite al alma del muerto evadirse de su morada subterránea. De ahí que ese medio de comunicación con el mundo exterior se exprese en forma semejante en el área maya y en otras partes del continente, como si se tratase de la reproducción de un estereotipo.

En los Andes ecuatorianos, provincia de Chimborazo, un tubo rollizo de caña llamado *gadúa* conectaba la tumba con la superficie. Por ese tubo se vaciaba alimento y chica que se suponía alimentaba al muerto.

Tal modelo maya puede observarse, *in vivo*, entre los quichés de Rabinal, que vierten bebidas por el caño que conecta la tumba con el exterior, al mismo tiempo que le hablan por este audífono mágico, desarrollándose el día de los muertos patéticos coloquios entre vivos y difuntos.

En Ayacucho se usaba también el tubo de caña. En Ancón son usuales los tubos que conectan la tumba con el mundo exterior, y por ellos se vertían líquidos (Rebeca de Girard).

El "psicoducto" consistía, a veces, en una piedra perforada (Cevallos M., informe personal).

Los hicaques perforan todavía una olla invertida sobre la tumba (ver ilustración pertinente). Ese sistema se mantiene hasta el presente en el área quekchi-poconchi, en la perforación del ataúd.

Fuera del área maya, donde se construye, hasta la fecha, la tumba de pozo con cámara lateral, es típica de las culturas Medias o Formativas.

Al tratar de la comparación entre las tumbas del área tarasca y las del área maya, se ha comprobado, a través de un enfoque interdisciplinario, que la tumba de tiro con cámara lateral tiene su origen en el área maya. La verificación de los testimonios arqueológicos, etnográficos y mitológicos presentados en apoyo de esta conclusión están al alcance del método científico⁶.

⁶ A los testimonios que establecen el origen maya de la tumba de pozo con cámara lateral, expuestos precedentemente, puede agregarse que el número y la variedad de estilo de esa arquitectura funeraria es mayor en el área maya que en ninguna otra región del continente. En ningún sitio arqueológico se encuentra, en conjunto, todas las variedades de tipo maya.

Por ejemplo, la tumba de sección rectangular se encuentra sólo en Colombia y en el área maya, donde sobrevive hasta la fecha, en el área quekchipoconchi. El complejo con más de un pozo de entrada se encuentra sólo en Ecuador y en el área maya. Las tumbas en forma de botellón, tan populares en el área maya, se encuentran en Costa Rica, Veragua (Panamá), Chocó, Cauca (Colombia), Manabí y Paracas.

La tumba maya en forma de zapato, con una bóveda en forma de cúpula y el piso del pozo al mismo nivel que el de la cámara, se ha localizado en Jalisco, Coclé, Colombia, Tumbes (Perú) y Amapa, en las bocas del Amazonas.

Hay tumbas con múltiples cámaras conectadas a un pozo, en Nayarit, Jalisco, Colombia y en el área maya.

Tumbas con una escalinata se hallan en el Cauca, en el Opeño, y en el área maya.

En suma, típicas formas de tumbas mayas se encuentran esporádicamente en culturas Formativas, al sur y al norte del área maya, pero ninguna posee, en conjunto, todos los tipos mayas, lo que revela, en mi concepto, la originalidad y mayor antigüedad de la tumba de tiro maya.

Conclusiones

He dedicado mayor atención y material gráfico a las culturas centroamericanas en su triple aspecto etnográfico, mitológico y arqueológico, por tratarse de un imperativo de la investigación americanista, señalado por los arqueólogos.

Gerardo Reichel-Dolmatoff manifiesta, por ejemplo, que la más seria carencia de información concierne al área de la América Central, entre la frontera meridional de los mayas y el Istmo de Panamá. Sistemáticos trabajos de campo en esas regiones —inclusive en el interior de Colombia—, son la condición *sine qua non* para colocarnos sobre bases firmes, porque solamente así, se llegará a desenredar las importantes cuestiones implicadas por el proceso de difusión⁷.

Al tratar de las culturas centroamericanas, J. Alcina Franch manifiesta que los estudios encaminados a desentrañar el pasado de las culturas indígenas de Centroamérica son, en conjunto, poco numerosos y, por lo general, poco esclarecedores (*Manual...*, *op. cit.*, pág. 448).

Julián Steward hace notar la falta de investigaciones etnográficas.

Wolfgang Haberland me escribe: "Agradecido por su carta, en la cual me plantea unas cuestiones difíciles de contestar, pues la arqueología de esas regiones (centroamericanas) no ha progresado al grado de poder resolver esos problemas" (carta, fecha: 30 de diciembre de 1970).

Aunque no ha sido posible tratar de manera exhaustiva todo el material disponible, sin embargo, los datos ofrecidos bastan para establecer la unidad de las culturas centroamericanas dentro de sus variabilidades locales de magnitud semejante a las variaciones existentes entre los grupos etnográficos. Otros arqueólogos han reconocido esa unidad. J. H. Spinden, por ejemplo, considera que todo el área cultural puede subdividirse en varias provincias, pero el hecho de su unidad básica es obviamente más importante que sus diferencias (citado Congreso de Americanistas).

La arqueología comparada ha puesto de manifiesto las conexiones genéticas que vinculan las culturas centroamericanas a la maya preclásica. Asimismo, la mitología comparada y la etnografía, y ocasionalmente la lingüística, establecen definidas conexiones entre las culturas centroamericanas y la que está registrada en la Tercera Edad del *Popol-Vuh*, que corresponde al horizonte Formativo. Las Edades mitológicas tienen un valor cronológico porque representan una secuencia en el tiempo y pueden ponerse en relación con etapas o períodos arqueológicos y etnográficos. La coincidencia perfecta entre esas disciplinas es significativa.

⁷ G. Reichel Dolmatoff, "The Formative Stage...". Actas del XXXIII Congreso Int. de Americanistas, San José de Costa Rica, 1959, pág. 162.

De los informes expuestos en los capítulos referentes a las culturas centroamericanas, resulta que la antigüedad de dichas culturas es mayor de lo que se creía hasta ahora debido al desconocimiento de la escultura pequeña y de aspecto primitivo, que antecede a la estatuaria monumental.

Según los datos de la lingüística y el descubrimiento de cultivos de maíz por el sistema de roza y quema en el extremo meridional del Istmo, la antigüedad de las culturas centroamericanas se remonta, cuando menos, al tercer milenario antes de la era cristiana.

32. LAS CULTURAS MEDIAS DE SURAMERICA

Noreste de Suramérica y las Antillas

Desde la América Central, corrientes migratorias de agricultores se desbordan hacia el Sur por el angosto corredor intercontinental en forma semejante a como se extendieron los recolectores y cazadores primitivos durante el proceso de poblamiento del continente.

Culturas Formativas irradian, como de una cornucopia, en todas direcciones, hacia Colombia, Venezuela, las Antillas, el Amazonas y a lo largo de las Cordilleras andinas, en épocas diferentes y en diversos estados de evolución.

Desde hace mucho tiempo se ha venido reconociendo ciertas afinidades entre las culturas de esas regiones, las centroamericanas, las del preclásico maya, las del área tarasca y del sureste y suroeste de Norteamérica.

Ninguna de esas culturas puede aislarse morfológicamente; todas emanan de un tronco cultural común y poseen, en diversos grados, rasgos de ese parentesco fundamental.

Las culturas agrícolas de Venezuela y las Antillas, objeto de la presente reseña, se superponen a las del horizonte paleo-indio, sin nexos con ellas, como algo que viene de fuera.

La unidad de las culturas centroamericanas y las del norte de Suramérica ha sido reconocida por los arqueólogos, pero no han logrado localizar el foco de origen de dichas culturas. Sus hipótesis al respecto son vagas y contradictorias; no aportan ninguna información concreta o definitiva.

Julián H. Steward incluye a las culturas centroamericanas y las del norte y noroeste de Suramérica bajo la denominación de circumcaribes, en un sentido geográfico cultural.

Les atribuye un origen subandino. Dichas culturas se habrían extendido desde los Andes en parte por migraciones de pueblos que habían perdido algunos de sus rasgos típicamente andinos, conservando otros en forma más

simple. Considera que esa "degeneración" se debe a la presión de otras poblaciones y a la dificultad de adaptación en un ambiente diferente del de tierras altas¹.

P. Lenk Chevitch atribuye los elementos decorativos de los ralladores de yuca venezolanos a una "antigua influencia andina" y hace notar que algunos símbolos "son originarios del Perú o de Guatemala"².

Es imaginable la perplejidad de los estudiosos que tratan de identificar el centro de difusión de los símbolos, es decir, de las culturas americanas. Por ejemplo, los formados por series de líneas triangulares o bien el triángulo crestado, asociado a líneas escalonadas, cuya paternidad es atribuida por Lenk Chevitch a una cultura andina, son tan conocidos en Venezuela como en el Perú, en el área maya, en la América Central, Bolivia, el noroeste argentino, en la cultura Pueblo y otras más.

Diversas hipótesis han sido propuestas para tratar de dilucidar el problema original de las culturas "circumcaribes". La de Donald W. Lathrap, por ejemplo, que no tuvo más éxito que la de Steward.

No parece mera casualidad encontrar, precisamente a las puertas de salida del corredor centroamericano, la cerámica más antigua, descubierta hasta la fecha, la de Puerto Hormiga.

Partiendo de la hipótesis de una procedencia centroamericana de las corrientes culturales que se desbordan hacia el Sur, es lógico pensar que la cerámica más antigua ha de encontrarse en el norte de Colombia y que sus líneas de difusión en Venezuela deben correr hacia el Este.

Esto es precisamente lo que han demostrado los arqueólogos.

Mario Sanoja Obediente encuentra rasgos "olmecoides" —léase preclásicos— en la cerámica venezolana llamada Barrancoide y considera que sus antecedentes están en Puerto Hormiga y Malambo (informe personal).

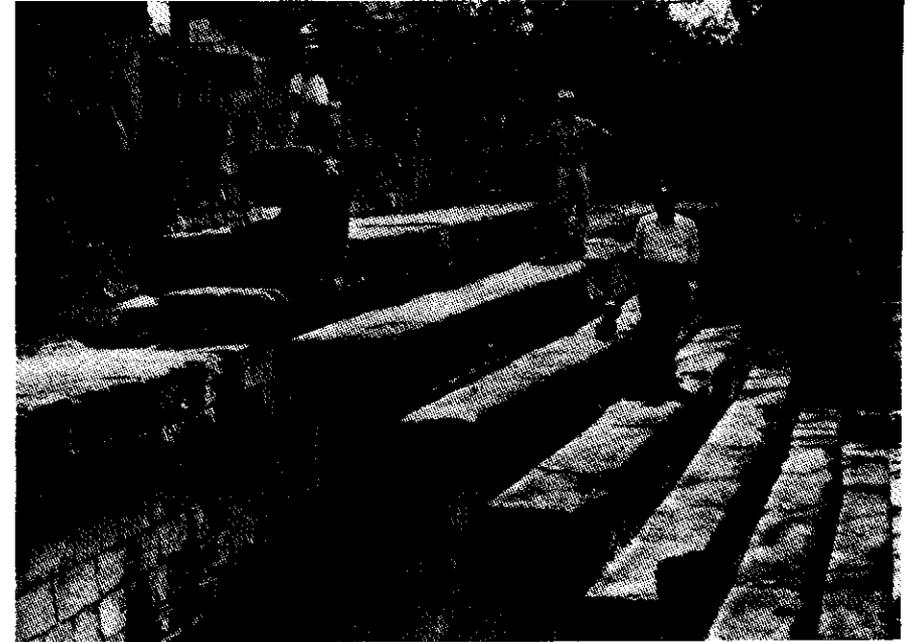
Gordon R. Willy sugiere que la cerámica Barrancoide deriva de un tipo de alfarería afín a Monagrillo (Panamá) y Barlovento (Colombia) y se difunde al Este³.

Consultado sobre el particular, el citado investigador me escribe: "I would guess that Barrancoid origins are in the Puerto-Hormiga-Barlovento tradition in Caribbean Colombia, and pottery of this general kind was diffused from west to east in northern South America." Undoubtedly,

¹ Julián H. Steward, vol. 4, Handbook, *op. cit.*, "The Circum-Caribbean Tribes: An Introduction", pág. 14.

² P. Lenk Chevitch, "Les éléments décoratifs des Indiens du Pacaraima (Venezuela) et leur origine", págs. 69, 70, *Bulletin de la Société Royale Belge d'Anthropologie et de Pré-histoire*, Bruxelles, 1951, tomo LXII.

³ G. R. Willy, "Estimated Correlations and Dating of South and Central Culture Sequences", *American Antiquity*, 23, n.º 4, pág. 372.



Gráfica 1.—La ciclópea escalinata de siete gradas. Copán.



Gráfica 2.—Dos monolitos de Venezuela, en el Museo de Ciencias Naturales.

SITIO ARQUEOLÓGICO DE GUAYABO DE TURRIALBA

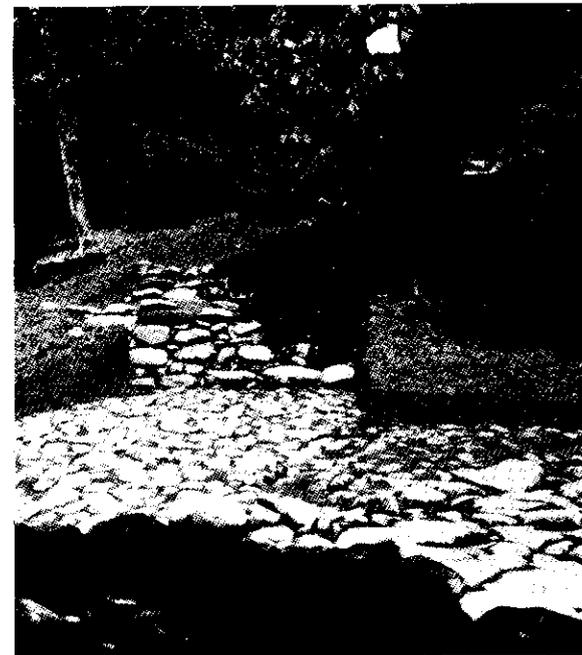
(Fotos. cortesía de don Carlos H. Aguilar.)

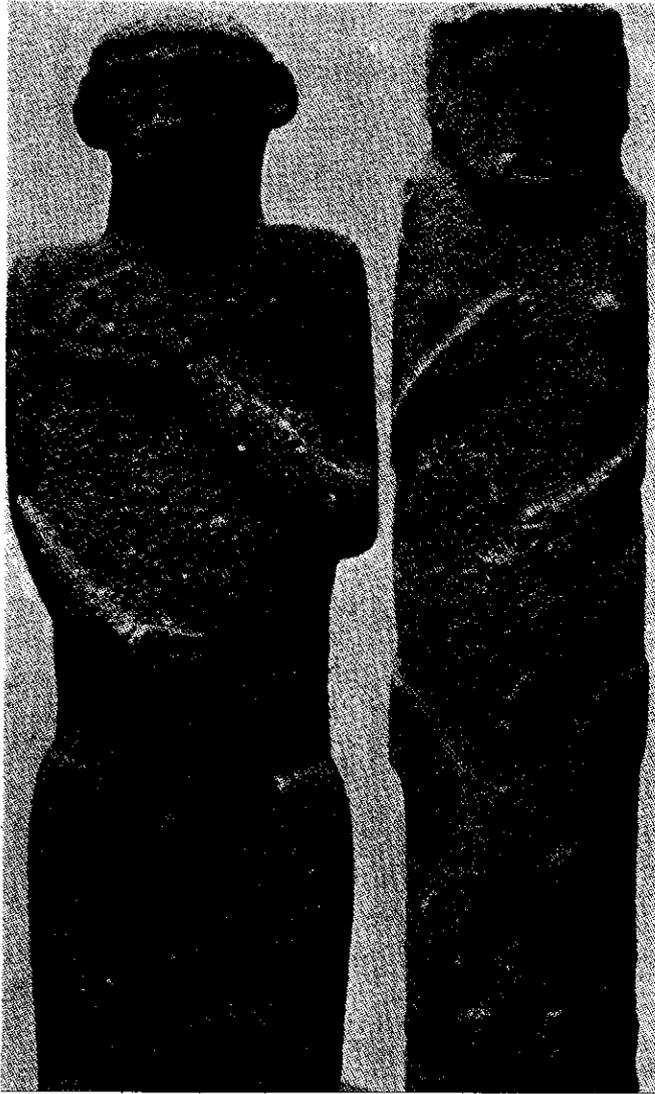


Gráfica 3.—Pirámide con escalinata megalítica de Guayabo de Turrialba.



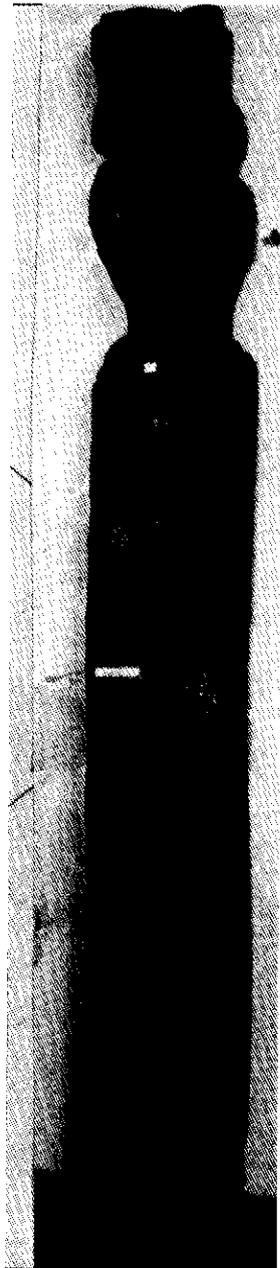
Gráfica 4.—Grada circular.

Gráfica 5.
Muro y camino
pavimentado.Gráfica 6.
Calles
pavimentadas.



Gráfica 7.—Estatuas en forma de columna, de río Caño, Coclé. Recuerdan las de Chontales y servían como marcadores astronómicos (reproducidas de *Coclé, I*, pág. 32, de S. K. Lothrop).

Gráfica 8.—Poste efígie que los araucanos clavan sobre la sepultura. Son llamados *chemanlayi* (gente de madera). Tiene 2 m. de alto (cortesía del doctor Alejandro Lipschutz).



Arawakans were, in some places, the makers of Barranoid pottery" (carta, fecha: 8 de agosto de 1972).

Carlos Angulo Valdés ha establecido relaciones entre el material de Malambo y el de la serie Barrancoide de Venezuela ⁴.

En su estudio de la cerámica de Canapote, Henning Bischof corrobora la opinión de Willey, Rouse y Cruixent que hacen derivar los orígenes de la cerámica Barrancoide de Panamá y Colombia. Compara las culturas de Puerto Hormiga, Barlovento y Malambo con la Barrancoide, manifestando que buenas conexiones pueden establecerse además con Monagrillo. Hace notar, además, que la alfarería pulida de Barlovento corresponde a una tradición intrusiva en Canapote. Pese a la aparente evolución de la decoración modelada, esta modalidad debe haberse difundido en Canapote de otra fuente, aún desconocida ⁵.

G. Reichel-Dolmatoff establece que la cerámica de Puerto Hormiga ofrece algunas semejanzas con la Barrancoide de Venezuela, en lo que respecto a los adornos biomorfos y otros detalles que menciona en su monografía ⁶. La alfarería de Puerto Hormiga muestra una serie de paralelos con la de Monagrillo. Se relaciona, además, con Canapote y Barlovento.



⁴ Angulo Valdés, "Evidencias de la Serie Barrancoide en el Norte de Colombia", *Rev. Colombiana de Antropología*, vol. XI, págs. 73, 88, Bogotá, 1962.

⁵ Henning Bischof, "Canapote. An early ceramic site in Northern Colombia. Preliminary Report", *Actas y Memorias del XXXVI Congreso Int. de Americanistas*, Sevilla, 1966, vol. I, páginas 489, 490.

⁶ G. Reichel Dolmatoff, *Excavaciones arqueológicas en Puerto Hormiga*, Universidad de los Andes, Bogotá, 1965, págs. 51, 52.

Pero los comienzos de la alfarería no están en Puerto Hormiga, sino en otro lugar, y sus orígenes se remontan entonces al cuarto milenio antes de la era cristiana.

Refiriéndose a mi consulta acerca de la posibilidad de encontrar cerámica con desgrasante de fibra o de otras variedades afines a la de Puerto Hormiga, G. Reichel D. me escribe: "Se necesitan más investigaciones a lo largo de las costas de Mesoamérica y del Istmo" (carta, fecha: 8 de enero de 1964).

En 1972, Henning Bischof me comunica unos descubrimientos recientes de cerámica con desgrasante de fibra en México y en Colombia amazónica; datan de los primeros siglos de la era cristiana (informe personal).

Es evidente que la cerámica del norte de Colombia y del sur del Istmo, corresponden al horizonte Formativo, que se extiende desde el este de Norteamérica a los Andes meridionales, cuyo centro de origen aún no ha sido descubierto.

Interpretando el sentir de los arqueólogos sobre el particular, Henning Bischof considera que el foco de origen de la cerámica americana, aún no descubierto, ha de encontrarse en una región intermedia entre el sur de Norteamérica y el norte de Suramérica (informe personal).

Lo que interesa, por el momento, es el consenso de los arqueólogos respecto a la zona arqueológica donde encuentran los antecedentes de la cerámica Barrancoide, la cual está situada en la puerta de una vía natural de penetración, desde el corredor centroamericano al sur del continente. Asimismo, concuerdan los arqueólogos respecto al sentido de difusión, expansión y evolución de la cerámica hacia el este de Venezuela.

Resumiendo los informes sobre el particular, Mario Sanoja O. manifiesta que "el período de cerámica en Venezuela comienza en el extremo Oeste, alrededor de 1860 antes de la era cristiana, con tipos de alfarería un tanto toscos, desgrasante de arena, y vasos con decoración modelada, y comienza en el Oriente alrededor de 1050 antes de C. con alfarería bicroma y modelada, en la región del Orinoco"⁷. En otros términos, la alfarería hace su aparición en el oriente de Venezuela más de ocho siglos después de su presencia al occidente, en las fronteras meridionales del corredor centroamericano.

Las tradiciones centroamericanas de decoración por incisión y pastillaje, lo mismo que la alfarería monocroma con decoración *appliqué*, se extienden a Colombia, Venezuela, las Antillas, Ecuador y Perú.

En su estudio comparado de las figurillas de arcilla del sureste de Norteamérica, Covarrubias encuentra que las de Georgia y Ohio son semejantes a las del Valle de México, Costa Rica, Panamá, Venezuela, Colombia, la costa del Ecuador.

En el curso del presente trabajo, se ha hecho notar, incidentalmente,

⁷ Mario Sanoja, "Venezuelan Archaeology Looking Toard the West Indies", *American Antiquity*, vol. 31, n.º 2, partel, octubre de 1965, pág. 232.

algunas semejanzas entre rasgos venezolanos, antillanos, centroamericanos, tarascos y de otras culturas Formativas.

Un elemento tan característico de las culturas Medias como la piedra con tacitas o concavidades hemisféricas, que constituye una fuente mágica de atracción de la lluvia, está presente en Venezuela, como puede apreciarse en una figura ilustrada por René Naville en su citado trabajo *Petroglyphes du Venezuela*. Este monumento está asociado a espirales, volutas, círculos concéntricos y otros petroglifos. Asimismo, hay esferas monolíticas de pequeñas dimensiones (Walter Dupouy, informe personal).

A propósito de grabados rupestres, varios investigadores, citados precedentemente, encuentran señaladas semejanzas entre petroglifos venezolanos, antillanos y centroamericanos. S. K. Lothrop opina que en el norte de Suramérica y en las Antillas, el tipo de petroglifo centroamericano es común.

Para fines comparativos se ilustra en las gráficas 1, 2, 3 y 4 algunos litoglifos de la zona de la colonia Tovar, reproducidos de la señora Julia de Bornhorst⁸. El lector podrá apreciar la belleza de esos grabados que muestran un marcado sentido de la forma y la apropiada utilización de los espacios.

El lector podrá identificar, además, los rasgos centroamericanos de esas figuras, por ejemplo, la representación del rostro por tres puntos; la lengua colgante y vivificante que remata en un circuitito; los dos puntos en la parte inferior del cuerpo; el tema de la deidad cayendo del cielo; el ave con las alas abiertas; el pectoral que consiste en un sol radiante figurado por un círculo con un punto en el centro, rodeado de rayos; la cruz doble; espirales; el tipo de cara grande, triangular, cara cuadrada, cara redonda, etc.

La unidad de los gemelos, concepción expresada gráficamente por la representación de dos seres humanos unidos corporalmente, como se ha visto en el arte de Costa Rica, se objetiva en la figura de la página siguiente tomada de la citada obra de John de Abate. Obsérvese que una mano de cada gemelo está sustituida por una cruz, como en algunos petroglifos centroamericanos.

Interesante es la pintura rupestre que representa el Arbol de Vida, configurado por un eje y tres ramas dobles, localizada en Zulía, Península de la Guajira, e ilustrada en la obra de Rouse y Cruxent, lámina 10 B.

Acercas de los grabados rupestres de Venezuela se dispone de un material considerable, pero no es el caso de reproducirlos aquí⁹.

Grandes terraplenes o montículos de tierra y canales, son característicos de culturas Formativas, desde el oriente de Norteamérica al sur andino. En Venezuela hay gigantescos terraplenes en Barina, Cumarepo y Canáua; cerros labrados en forma de peldaños, en Aráua, Areo, Aricua, etc. (Tavera

⁸ Julia de Bornhorst, "Los Petroglifos de la colonia Tovar", *Boletín de la Asociación Cultural Humboldt*, n.º 4, Caracas, 1969, págs. 141, 142.

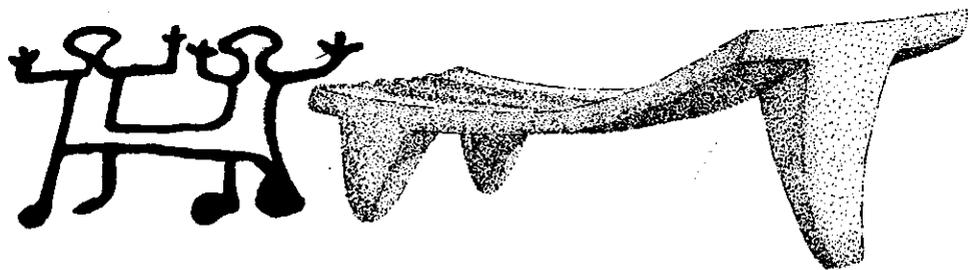
⁹ Al tratar de las culturas silvícolas se ha ilustrado algunos petroglifos de Venezuela.

Acosta). Se les atribuye, generalmente, un origen arawak. Asimismo, hay sistemas de diques y de canales en Barina, descritos e ilustrados por Luis Ramon Oramas¹⁰, y otros. Han llamado la atención la grandes masas de tierra del Estado de Barinas, distribuidas en gigantescos camellones construidos sobre sabanas para el cultivo de la yuca, a fin de lograr una producción agrícola intensiva. Alberta Zucchi y William M. Denevan han publicado interesantes informes sobre el particular.

La erección de un pequeño monolito o menhir sobre la tumba es usual en la América Central. Esos monumentos funerarios son conocidos en Venezuela, Colombia, Ecuador y Perú. En la gráfica 2 del capítulo precedente se ha ilustrado dos mehires de 1,54 metros y 1,08 metros, encontrados en la cuenca del Orinoco. Los hay también en las Guayanas; en el arte taino de las Antillas alcanzan las proporciones de un pequeño obelisco (Luis R. Oramas, informe personal).

Asimismo, la urna funeraria es un elemento típicamente circumcaribe que abunda en Venezuela. En la región del Orinoco, las urnas están coronadas por una figurita zoomórfica.

El entierro en tumbas forradas de piedra y cubiertas con lajas, muy usual en la América Central y en otras culturas Formativas, es típico también de la cultura arawak.



En cuanto al entierro en cuevas era practicado en Venezuela, en la América Central y en el área maya.

Rouse y Cruxent nos dicen que los indios andinos de Venezuela cavaban *mintoyes* (tumba de pozo con cámara lateral). Estos fueron usados como graneros, para almacenar papas, y como tumbas. Los indios depositaban en ellos su mejor cerámica.

El informe anterior es interesante en cuanto establece un paralelo con los *chultun* del área maya, que también se usaban como depósito de víveres o agua y como sepulcros.

¹⁰ Luis R. Oramas, "Apuntes sobre arqueología venezolana", Proc. of the 2nd. Panamerican Scientific Congress, vol. I, págs. 138 y 145, Washington, 1917.

El aborígen venezolano usaba metates y morteros. El tipo corriente de molino consiste en una piedra burda, plana, sin pulir, de forma oval y superficie de fricción del tipo reservorio. Hay además metates trípodas, al estilo centroamericano. Probablemente eran usados como metates ceremoniales; están hechos de piedra dura de grano fino, semipulida, como el ejemplar que puede apreciarse en el grabado anterior, reproducido de Cruxent.

Característica de las culturas Medias es el culto a la diosa-Madre, expresado en maternidades, que encontramos desde el Mississipi hasta el noroeste de la Argentina. Venezuela no hace excepción a la regla y nos ofrece diversas formas de representación de esa diosa: mujeres en estado de gravidez, en posición sedente o de pie, mujeres con niño, mujeres perniabiertas, etc. Se ilustra en la gráfica 5 una escultura femenina de barro, reproducida de la lámina 42 de la obra de Irving Rouse y José M. Cruxent¹¹. Representa a una mujer de pie, sosteniendo con las manos su cara enorme, semiovalada y alargada en sentido horizontal.

Este estilo peculiar de la cabeza, así como los ojos en forma de granos de café y la nariz unida a las cejas son rasgos característicos de algunas estatuillas preclásicas, y también se encuentran en pequeñas esculturas de piedra en Nicaragua y de barro en el occidente de México. Ese tipo de escultura antropomorfa es frecuente en el estilo Valencia. Esculturas de barro con el cuerpo aplanado están presentes en el preclásico maya, como puede apreciarse en la figura de Chiapas, en la página siguiente; otras que representan seres humanos con la cara rectangular, desmesuradamente alargada en sentido horizontal, corresponden a este mismo horizonte cultural, lo mismo que las estatuillas antropomorfas que presentan la saliente en la parte central de la cabeza, como puede apreciarse, por ejemplo, en la lámina 21, n.º 7 de la obra de J. M. Cruxent e Irving Rouse¹², o en la lámina 28 de la obra de Irving Rouse y J. M. Cruxent, que ilustra tres ejemplares de este tipo. Dichas figuras pueden ponerse en relación con las del mismo estilo en la pequeña estatuaría de piedra de Nicaragua, de la cultura preclásica y del occidente de México.

Aunque predominan las figuras femeninas, como en toda cultura media, no faltan las representaciones masculinas, como la que se ilustra, por ejemplo, en la gráfica 6.

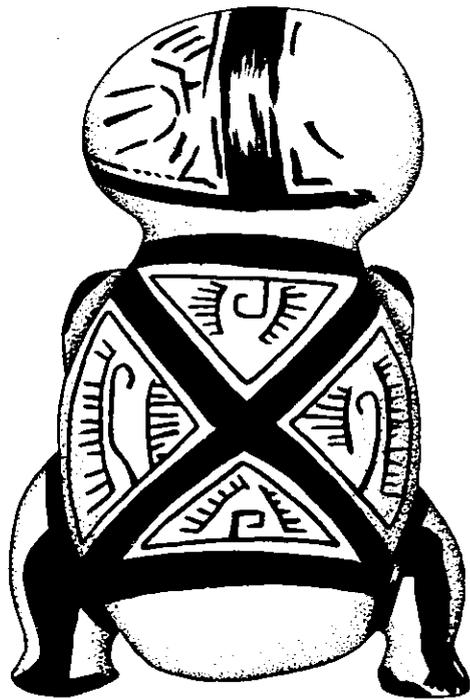
Representa a un individuo sentado en un banquillo de cuatro soportes sosteniendo un cuenco en las manos. Esa escultura de barro representa cierta semejanza con una figura de Chupícuaro, ilustrada en la página 14 de la obra *Culturas de Occidente*. Pero su manufactura es más tosca; los dedos de

¹¹ Irving Rouse y José M. Cruxent, *Arqueología Venezolana*, Caracas, 1962.

¹² J. M. Cruxent-Irving Rouse, *Arqueología cronológica de Venezuela*, 2 vols., Unión Panamericana, Washington, 1961.

los pies están representados por rayas verticales. La lámina 25 de la citada obra de Rouse y Cruxent representa un individuo, también sentado en un banquillo de cuatro soportes, con las manos sobre el pecho. Tiene los ojos al estilo grano de café. Llama la atención su gorro en forma de domo, que recuerda el tocado de ciertas figuras de barro de Nayarit.

Hay esculturas venezolanas que consisten en un pequeño cilindro coronado por una cabeza humana. Ese tipo de escultura ilustrado en la



El motivo bandas cruzadas en las espaldas.

lámina 38, n.º 3, de la citada obra de Cruxent y Rouse, puede compararse con las estatuillas arcaicas del área maya del occidente de México.

No podía faltar en el arte venezolano el concepto de la vinculación del hombre al orden universal, expresado en figuras cósmicas pintadas o estampadas en el cuerpo humano, como puede apreciarse en la que ilustran Rouse y Cruxent en la página 89 de su citada obra. Representa a una mujer con la cara, el cuerpo y los brazos, decorados con el signo bandas cruzadas que señala el centro y los cuatro rumbos del cosmos.

En la página 136, figura 134 de la obra de Cruxent y Rouse, se ve un vaso-efigie en rojo y negro sobre blanco, estilo Tierra de los Indios, que representa a un personaje en posición sedente. El rostro tiene la forma de una T mayúscula, particularidad conocida en la América Central y en San Agustín. De los ojos, en forma de grano de café, brota el signo lagrimón representado por tres líneas verticales, como es usual en el arte centroamericano y preclásico. Las espaldas están adornadas con el signo bandas cruzadas enmarcado en un cuadro que representa cuatro serpientes estilizadas dispuestas en forma de cruz.

Este símbolo pintado en la espalda de una deidad pluvífera es de interés para fines comparativos, porque lo encontramos en la misma forma en esculturas de Nicaragua, en la escultura arcaica del área maya (estatuas en el patio del Museo de Arqueología de Guatemala y en el Zoológico de la Aurora) y en esculturas del Callejón de Huaylas, que se ilustrarán más adelante.

Cruxent y Rouse ilustran en la lámina 55, n.º 11, de su citada obra, una mujer con el signo panamericano bandas cruzadas en el pecho, en forma similar a como se plasma en esculturas en Nicaragua, de Costa Rica y del occidente de México.

A propósito de símbolos cósmicos hay que referirse todavía al corte triangular sobre el pecho, lo mismo que el rombo, que decora varias esculturas de barro venezolanas y nos remiten al arte de la América Central, del occidente de México y del preclásico maya, donde encontramos símbolos idénticos.

En la sección de Costa Rica se ha ilustrado una pipa de dos tubos que se usaba para aspirar rapé y se ha tratado de la difusión geográfica de este elemento cultural, que se extiende a Venezuela, las Guayanas y el Amazonas. La pipa escultórica de un solo tubo es otro elemento típico de Venezuela.

Se ha ilustrado precedentemente un ejemplar de Tacarigua, cuya cazoleta representa una cabeza humana bien modelada y con los ojos en forma de grano café. Cruxent y Rouse ilustran algunas pipas escultóricas de barro, entre ellas una que representa a una cabeza humana, con los ojos en diagonal, al estilo tarasco, preclásico (Chiapas) o centroamericano. Otra cazoleta se apoya en dos soportes diminutos, rasgo que puede ponerse en relación con una pipa antropomorfa de Apatzingán, área tarasca, y otra de Chalchuapa, a la que ya se hizo referencia. Otra pipa representa a un individuo en posición sedente. Está ilustrada en la lámina 36 B de la citada obra de Rouse y Cruxent.

El doble personaje humano en posición invertida soldado por la cintura, uno arriba, otro abajo, mirando hacia lo alto, está representado dos veces en una flauta de hueso ilustrada por Rouse y Cruxent (lámina 38 de su citada obra). El mismo motivo está presente en el arte centroamericano y en la cultura de San Agustín.

Pectorales líticos en forma de ala de murciélago son típicamente venezolanos; la representación del vampiro en forma naturalista o estilizada

está presente en otras culturas Medias y de nivel superior. Un bello ejemplar de vampiro escultórico, que se ilustrará más adelante, adornaba el frontispicio del templo 22 de Copán. El valor sagrado de ese quiróptero está registrado en el mito de *Camazotz*, el murciélago divino que baja del cielo y corta la cabeza de *Hunahpú*, dramatizando de este modo la muerte de la semilla del maíz en el inframundo (*Popol-Vuh*, trad. Recinos, pág. 169).

En el arte venezolano hay muchas formas y motivos plasmados en cerámica, que son típicos del Formativo panamericano, y pueden compararse con culturas de este horizonte, como jarras decoradas con rostros humanos, ollas con figuras humanas en la panza, vasos rodeados por una o más serpientes en relieve que objetivan el pensamiento americano de que el ofidio sagrado es dispensador del agua; recipientes cuya forma y decoración recuerdan lejanamente el estilo Marajoara y Barriles; ollas con asa estribo, asa puente, botellas con doble vertedera, asas tubulares; cabellos recortados en forma de escalinata, motivo que encontramos en el arte centroamericano, de San Agustín, del área tarasca, de Manabi y, desde luego, en el área maya; figura del jiboso, vaso trípode, sellos de barro, etc.

Animales sagrados individuales o híbridos son los mismos de la zootropía maya y centroamericana, comenzando por el rey-zopilote, figura cimera de esas culturas. El inventario de los dibujos geométricos sería casi una repetición de los que ya se han mencionado precedentemente. A esos símbolos podría agregarse el motivo claviforme idéntico a los que figuran en la iconografía de Colombia y Panamá.

La cerámica venezolana a la que se ha hecho referencia es básicamente Barrancoide. La Salaloide, de la que me ocuparé más adelante, comienza en época más tardía. Según Pedro Armillas dataría de 950 años antes de la era cristiana¹³.

Este cuadro simplificado del arte venezolano podría ampliarse en gran medida. Pero las relaciones del arte venezolano con el de otras culturas encaja generalmente en las correlaciones esbozadas aquí.

Contrariamente a lo que ocurre en el área maya, hasta el final del período clásico, las culturas venezolanas no siguen siempre una línea progresiva de evolución. En época tardía ocurren periodos de decadencia.

Para una mejor apreciación de la historia arqueológica de Venezuela es necesario conocer la demografía prehispánica.

Arawak y caribes

Venezuela y las Guayanas no constituyen un área cultural homogénea, sino un mosaico de culturas diferentes. Hay grupos de cazadores recolectores

¹³ Pedro Armillas, *Programa de Historia de la América Indígena*, Unión Panamericana, Washington, 1957, pág. 48.

primitivos, como los guahibos, los waikas y otros más, aculturados en mayor o menor grado por los agricultores.

Es relativamente fácil distinguir los rasgos originales de esos grupos primitivos de los adquiridos al contacto de pueblos cultivadores.

Tratándose de los waikas, por ejemplo, usan en sus ceremonias de iniciación chamanística un poste cubierto de plumas de gavián, que representa, según ellos, a la serpiente emplumada (Walter Dupouy, informe personal). La serpiente emplumada es un símbolo que nace con la agricultura. Así se explica el motivo del ofidio en la pintura corporal de la mujer waika, como puede apreciarse en la gráfica 10. Los guerreros waika usan pinturas corporales que consisten en círculos, motivo copiado de los makiritares.

Pero los pueblos que llenan las páginas de la historia de Venezuela son los caribes y los arawak.

Los últimos alcanzaron el más alto nivel cultural. Los grupos de filiación arawak son los únicos que corresponden al horizonte de las culturas Medias.

Algunos investigadores, entre ellos Miguel Acosta Saignes, hacen proceder los caribes y los arawak de la América Central (M. Acosta Saignes, informe personal). Rudolf Schuller incluye las lenguas maya-quichés y caribe-arawak en la misma familia lingüística del "hipotético antiguo idioma americano" (*op. cit.*, pág. 108). En sus numerosos dialectos, la lengua arawak se caracteriza por la presencia de la partícula pronominal *nu*, idéntica a la maya; de ahí que se haya llamado a esta familia *nu aruac*.

La sociedad arawak es básicamente femenina; se rige por el derecho materno que se manifiesta en el plano religioso, en el culto a la diosa-Madre y en la cultura arqueológica por figuras de maternidades, que abundan en Venezuela.

Picard ilustra una danza arawak en honor de la diosa-Tierra, cuadro reproducido por Fewkes y en la lámina 92 del Handbook, vol. 4.

En los mitos paressi (arawak), el primer ser humano en la historia del mundo era una mujer sin marido. Este mito que resalta el papel primordial de la Madre universal es común en las culturas Medias. Piénsese, por ejemplo, en *Ixquic*, la mujer sin marido del *Popol-Vuh*, o *Ataentsic*, de la mitología iroquesa.

Concomitante con las formas sociales arawak está el sistema de división del trabajo.

Las mujeres se ocupan de las labores de cultivo, en tanto que los hombres se dedican a la caza, la pesca y descombran las tierras de labor.

Otros rasgos típicamente arawak, como el telar, el cultivo del algodón, la excelencia de su cerámica y artesanía de madera, la mayor extensión de sus cultivos y poblaciones son característicos de culturas Medias.

En cambio, la cultura caribe corresponde a un ciclo étnico más antiguo, el de la agricultura incipiente, registrado en el segundo ciclo de los mitos. Al igual que la tupi-guaraní, se caracteriza originalmente por una sociedad de

tipo masculino y un rasgo identificativo inconfundible, la antropofagia ritual. Caníbal es sinónimo de caribe.

Al igual que la cerámica tupi-guaraní, la caribe usa la decoración por presión angular.

Acerca de la cultura caribe y del grupo makiritare de Venezuela, me he ocupado al tatar de las culturas florestales.

En las culturas venezolanas resulta, a veces, difícil identificar los rasgos que corresponden a caribes y arawak, debido a su fuerte interacción cultural.

Hay grupos arawak caribizados, como los caberres y los waipunaves, que adoptaron el complejo caribe: expediciones guerreras a larga distancia por vía fluvial y canibalismo. La mayor parte de los caribes son arawakizados, en el sentido de que tomaron elemento de la cultura social, religiosa y material de los arawak.

Hay que tener en cuenta, además, los cambios introducidos en la cartografía étnica como consecuencia del desplazamiento de los arawak por los caribes. En algunos sectores, los primeros aparecen como los habitantes más antiguos, en otras regiones son los caribes, pero debido a los grandes movimientos de pueblos durante la época prehispánica, no es tarea fácil rehacer la fisonomía étnica del país en determinadas épocas de su historia.

Aún no ha sido investigada la demografía precolombina de esa región. Sin embargo, es admitido que los arawak son los primeros agricultores que llegan a Venezuela y las Antillas. Su *habitat* fue invadido por los caribes.

Las luchas entre caribes y arawak inciden en la calidad de la cultura.

A la llegada de los españoles, las parcialidades humanas de Venezuela ofrecían un aspecto de desagregación étnica, social y cultural, originado por las sucesivas y sádicas invasiones de las tribus caribes, me dice Gilberto Antolínez. Los arawak fueron los primeros ocupantes de las Guayanas, dislocados luego por la intrusión de los caribes, que los expulsaron casi por completo, hasta el grado de que no ha quedado allá más que un pequeño islote arawak en el interior. Los arawak de las Guayanas están agrupados en clanes matrilineales, como los guajiros (Nemesio Montiel Fernández).

Asimismo, fueron desalojados de partes de los territorios septentrionales, quedando allí solamente los guajiros. Los arawak tuvieron que disperarse y emigraron en masa a las Antillas ante la feroz acometida de los caribes. Esa persecución tenía un doble objetivo: capturar prisioneros para la celebración de sus ritos antropófagos y apresar mujeres de cultura superior, que constituirían, a la vez, un capital-trabajo, para someterlas a su dominio.

Contactos tan estrechos, forzados en lo que concierne a las mujeres, explican ciertas similitudes entre las culturas caribes y arawak, que, en determinados casos, quedaron casi niveladas.

Consecuencia de este proceso aculturativo es la transformación de la formas sociales originales de los caribes, que, de masculinas, se convirtieron en femeninas. La sociedad arawak estaba organizada en clanes matrilineales, como las centroamericanas. Los derechos de sucesión operaban sólo en la

línea femenina. No podían casarse con parientes del lado materno, sino sólo con los de la línea paterna, como los talamancas. En algunas regiones, la sociedad caribe adoptó esas modalidades. Irving Rouse nos dice que la sociedad caribe es matrilineal, con residencia matrilocal, excepto en el caso del jefe.

Se ha notado el mismo fenómeno de cambio social por aculturación entre las tribus algonquinas que estuvieron en contacto más estrecho con los iroqueses.

Los caribes de la costa oriental de Venezuela han tomado muchos elementos de los arawak, entre otros, el tipiti y el telar.

Baldus hace notar que el tesoro mítico de los caribes contiene muchos elementos arawak. La fuerte influencia de las tribus arawak no sólo se hace sentir sobre la cultura externa, sino también en las costumbres, mitos y tradiciones¹⁴.

Interesado en obtener mayores informes acerca del proceso aculturativo de los caribes por los arawak, consulto al director del Museo Departamental de La Martinica, Mario Mattioni, especialista de esas culturas. El citado investigador me escribe lo siguiente:

"Actualmente, los caribes, con los que tuve contacto, son matrilineales. El principio matrilineal podría ser una consecuencia del hecho de haber podido conseguir mujeres entre los arawak, es decir, la presencia de mujeres arawak de cultura superior, en el seno de las comunidades caribes. Entre los elementos culturales recibidos de los arawak puede mencionarse la cerámica y la cestería, por el hecho de que esas artesanías eran del dominio de las mujeres. Los caribes fueron incapaces de continuar la tradición alfarera arawak, sobre todo en lo que concierne a la decoración. Conservan algunas formas de la cerámica arawak, pero la decadencia es notoria en los diferentes niveles arqueológicos. Los caribes no supieron recibir la herencia arawak; con ellos comienza el proceso de decadencia.

"El caribe confecciona actualmente el Kachiri (Oyampi) y el Melieu, que llama arasouka, porque el arawak le enseñó esa técnica culinaria y del arawak aprendió los ritos del Kachiri. La influencia es doble, material y religiosa, pero es en sentido único.

"El rasgo general de la cultura arawak lo constituye la mandioca amarga y todo el aparato de procesamiento que implica. Lo que el caribe posee es un derivado torpe, deformado y decadente de la cultura arawak. Hay que tener a la vista las producciones antropomorfas y zoomorfas iniciales arawak para apreciar las diferencias" (correspondencia fechada en Fort de France el 22 de agosto de 1969).

Importa puntualizar la posición cultural histórica de los caribes con respecto a los arawak, en vista de la confusión que existe aún acerca de esas

¹⁴ Herbert Baldus, "Mitos e Lendas dos Indios Taulipang e Arekuna", en *Rev. do Museu Paulista*, Sao Paulo, 1953, pág. 200.

culturas. Lo expuesto corrobora el *status* original que los caribes tenían en común con los tupí-guaraní, y que corresponde al ciclo de la agricultura incipiente, registrado en la Segunda Edad de los mitos (Ver los datos pertinentes).

El nivel inferior de la cultura caribe con respecto a la arawak no debe sorprendernos, ya que los hombres de este ciclo étnico eran cazadores primitivos, apenas modificados al pasar de esa etapa a la de plantadores. En cambio, la cultura arawak corresponde a una cultura Media.

Algunos datos etnográficos.—A reserva de ocuparme más adelante de los arawak, presento a continuación algunos apuntes de etnografía venezolana. Uno de los rasgos característicos de las Culturas Medias es la sodomía. A este respecto, López de Gomara, hablando de los aborígenes de Venezuela, nos dice que hay muchos sodomitas. Tal costumbre es practicada todavía por los laches, los guahibos y chiricoas del Orinoco (Padre Juan Rivera), así como por los guaraos.

Una ceremonia de pubertad similar a la de los cunas de Panamá es celebrada todavía por los guajiros de filiación arawak. Incluye el baño y el rapado del cabello, así como las danzas rituales ¹⁵.

En cambio, entre los caribes el rito de la pubertad se celebra para los varones que sufren, en esta ocasión, el suplicio de las hormigas. Esta es una supervivencia de su antiguo *status* social. Los antropólogos hacen notar que los sacrificios humanos y cabezas-trofeos tenían gran importancia en la cuenca del Orinoco.

La construcción de casas y plantíos en montículos es común a los arawak y algunas tribus del sureste de Norteamérica.

El cómputo del tiempo era lunar entre arawak y caribes, como entre los centroamericanos. Celebran, además, las fiestas del solsticio de verano hasta el presente. En esta ocasión bailan la danza de "los diablos", que dramatiza la lucha contra los seres malignos ¹⁶.

Usaban la cuerda de nudos, caribes y arawak. Los tamanacas llevaban la cuenta de las noches que dormían en sus viajes, como los centroamericanos. Catlin cuenta que los misioneros de Tiramuto (Orinoco) recibieron en 1730 dos mensajeros caribes que les llevaron un cordoncillo con tres nudos, que significaba que dentro de tres días debían ponerse en camino para regresar.

Los antiguos indios ayaman de Lara y Falcón celebraban como fiesta mayor la del maíz nuevo, y bailaban entonces la danza de las Turas, en la cual pedían paz, abundancia de alimentos y se elegían nuevos dignatarios que debían gobernar durante el año (que corría de una fiesta a la otra). La danza

¹⁵ Juan Lizcano, *Las fiestas del Solsticio de verano en Venezuela*, Mtro. Ed. Nal., Caracas, 1947.

¹⁶ José Anselmo Polanco, en *Boletín Indigenista Venezolano*, año VI, n.º 1 y 4, págs. 131, 132, Caracas, 1958.

de las Turas duraba cuatro días (cifra sagrada). Bailaban en círculo y giraban realizando movimientos ondulantes, imitando los de una serpiente. Ese tipo de danza es conocido en otras culturas Medias, la de los iroqueses, por ejemplo.

En la fiesta de las Turas, correspondiente a la de año nuevo, se celebraban los matrimonios, asociándose entonces los conceptos de fecundidad humana y fertilidad de la tierra ¹⁷.

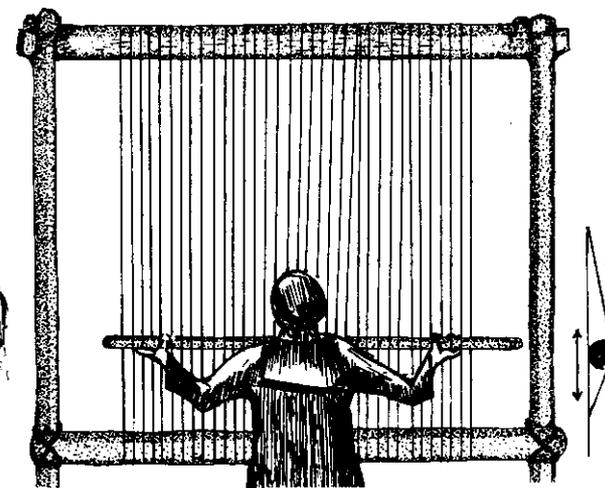
Esta fiesta puede compararse a la del maíz nuevo que se celebraba en el oriente de Norteamérica y en otras regiones, la cual connotaba también una división calendárica.

La manera centroamericana de expresar la vinculación del hombre al orden universal en el simbolismo del tocado se objetiva en el tocado ceremonial guarao. Consiste en un sombrero de palma, en el que se inserta en el centro del cerquillo una cruz adornada con plumas o con haces de hierba. Ocasionalmente colocan sobre la cruz la figura de un pájaro en la punta, que simboliza el centro del universo.

Cuatro haces de hierba amarrados en una varilla horizontal ¹⁸, señalan las cuatro partes del mundo. Este tocado ceremonial identifica a los hierofantes.



El tocado ceremonial reproduce la imagen del Cosmos (J. Wilbert).



Telar vertical guajiro (Mario Sanoja O.).

¹⁷ Walter Dupouy, "La función cohesiva de la danza de las Turas", *Archivos Venezolanos de Folklore*, n.º 5, Caracas, 1957-1958.

¹⁸ Johannes Wilbert, "Vestidos y adornos de los indios warao", *Antropológica*, n.º 12, Caracas, 1963.

Al igual que los sacerdotes mayas contemporáneos, los arawak se cubren la cabeza con un paño, no para protegerla contra las inclemencias del tiempo, sino como distintivo de rango, como lo hace notar J. Wilbert.

Eran tan famosos los sacerdotes-curanderos baniva (Arawak), que venían a consultarlos desde regiones muy lejanas: hasta del Perú (Walter Dupouy, informe personal).

Al igual que el Ser Supremo de los mayas, el alto dios de los baniva se crea a sí mismo, su espíritu reside en una piedra (Omar E. González Náñez).

Los guajiros

Merece destacarse la extraordinaria vitalidad de las tradiciones conservadas hasta la fecha por los guajiros de la Península de la Guajira, único grupo arawak que sobrevive en las costas septentrionales de Venezuela. Desde siglos han sido arrinconados a un área de refugio de tierras áridas, impropias para la agricultura. En el siglo XVI, los guajiros eran recolectores (M. Acosta Saignes). Habían cambiado su economía agraria por una de pesca y recolección. Luego adoptaron la vida pastoral, casi inmediatamente después de la llegada de los españoles, poseyendo abundantes rebaños de ganado (Juan de Castellanos).

Conservan, sin embargo, con admirable persistencia los legados de su cultura ancestral y las formas sociales tradicionales. Están organizados en clanes matrilineales, identificados con nombres de animales. No hay gobierno central, pero cada clan está gobernado por un jefe que hereda sus funciones matrilinealmente.

Una de las ceremonias más importantes dentro del ciclo de vida de la mujer es el rito de la pubertad, al que ya se hizo referencia; es semejante al que celebran todavía los cunas.

El cultivo del algodón, actividad femenina, así como el hilado y tejido de algodón y fibras, se ha mantenido hasta la fecha. Mario Sanoja O. ha publicado una interesante monografía al respecto¹⁹. Los telares actualmente en uso son de dos tipos, verticales y horizontales. En el grabado anterior se reproduce el telar vertical (lámina 1 de la citada obra), similar al de los cunas. El telar horizontal, de gran longitud, es semejante al que usan todavía los shipibos de la Amazonia peruana. El telar horizontal para tejer hamaca en cruzado es semejante al que usan todavía los taoajkas de la Mosquitia hondureña.

¹⁹ Mario Sanoja O., "Notas sobre los telares y las técnicas de tejidos de los indios guajiros", en *Economía y Ciencias sociales*. Univ. Central de Venezuela, 1968, págs. 16, 64.

Esos tipos de telares son propios de los guajiros. Su vocabulario contiene un gran número de palabras para designar todos los elementos constitutivos del telar y de los diversos estilos de tejidos.

Conservan, además, el mito de origen del telar, inventado por una diosa llamada *kanás*, heroína cultural, cuyo nombre se asimila al de la araña, también llamada *kanas* en lengua guajira. La araña tejedora que produce sus propios hilos fue, sin duda, el modelo de esa artesanía.

En todas las mitologías es una diosa la que inventa el telar, *Ixmucané* en el *Popol-Vuh* (compárese con *kanas*). El telar es un elemento característico de las culturas Medias.

Según Mario Sanoja O., la cultura guajira muestra grandes afinidades con la tairona. Sus cerámicas son semejantes y se relacionan con las del sur de Panamá. Toda esa región puede incluirse en la misma área cultural (M. Sanoja O., informe personal).

Asimismo, los guajiros conservan los símbolos de la raza, en tejidos y pinturas corporales. Una gráfica de S. Vicente, que vi en Caracas, representa dos mujeres guajiras lujosamente ataviadas y cargadas de collares. Llama la atención la costumbre que tienen de pintarse a ambos lados de la nariz una sigma que representa una serpiente. El ofidio que posa su cabeza en la ventana de la nariz y la cola en el centro de la mejilla presenta una fila de puntos pintados en el cuerpo. Como se ha visto, ese estilo recuerda a las serpientes mayas, pintadas en códices, con una fila de glifos *kin* en el cuerpo (ver ilustraciones pertinentes).

Conocido el valor simbólico de la serpiente como exponente del culto a la fertilidad, no es sorprendente su asociación con la mujer.

Este símbolo serpentino es omnipresente en la cerámica de Venezuela y de otras culturas Medias. Asimismo, está grabado o pintado en objetos mayas, desde el horizonte preclásico, como puede apreciarse, por ejemplo, en un vaso Salcajá, que representa una cabeza humana (ilustrado precedentemente).

El mismo símbolo serpentino está plasmado en relieve en las mejillas de una figura maya de la isla de Jaina y en una urna zapoteca que se encuentra en el Museo de Mannheim, Alemania.

El invento del tipiti, una conquista del genio arawak.—Al tratar del origen del cultivo de la yuca se ha dicho que el complejo tecnológico para procesarla como casabe (tipiti, rallador, budare, platina) era un invento arawak realizado en el noroeste de Suramérica. En la actualidad, los americanistas están de acuerdo sobre el particular, y resaltan que el cultivo y beneficio de la yuca "amarga" es un rasgo original y general de la cultura arawak.

No se trata de un nuevo descubrimiento en el campo de la botánica, sino de una invención de las más originales, para neutralizar el contenido de principios venenosos derivados del ácido cianhídrico cuando la concentración

de glucósidos alcanza una proporción que puede ser mortal. Este ingenioso procedimiento para procesar la mandioca no sólo eliminaba el peligro de intoxicación, sino que representaba un avance cualitativo y cuantitativo en la producción y conservación del alimento. Puede considerarse como uno de los grandes inventos indoamericanos.

Dos factores concurren a su realización. El ecológico y el cultural. El *habitat* de los arawak en la región selvática del este de Venezuela llenaba las condiciones ideales para el desarrollo del cultivo de la yuca: debido a la alternancia de estaciones secas y de lluvia, tierras apropiadas, clima cálido y lugares húmedos de poca insolación.

Por otra parte, los arawak tenían ya una experiencia de muchos siglos en el cultivo de raíces alimenticias, que son las primeras plantas culturales del continente. Esa experiencia la habían adquirido fuera de Venezuela, como lo revelan los testimonios arqueológicos. Además, la cultura arawak había alcanzado el nivel de Cultura Media, que es el horizonte de los grandes descubrimientos en el campo de la botánica y de los experimentos culinarios, como se verá en el curso de este trabajo. La mujer, que ha sido estrechamente asociada a las plantas y su procesamiento como alimento desde el período de la recolección, ha llegado en la cultura Media a la plenitud de su poder con el imperio del derecho materno.

El pueblo arawak tenía una vida estable, comparativamente a los caribes, que emprendían continuamente expediciones guerreras a larga distancia. Además, sus poblaciones eran mayores.

Nuevos datos acerca del cultivo y beneficio de la yuca.—Al enfocar el problema de origen del tipiti, a la luz de los informes de la arqueología regional, surgen nuevos elementos de juicio que permiten una mejor apreciación de los hechos. Estos desvanecen el prejuicio de algunos americanistas, que confunden, sin ninguna base científica, el origen de la invención del complejo tecnológico de procesamiento de la yuca con el centro de cultivo de esa euforbiácea.

El área de distribución del tipiti es muy reducida; se limita casi exclusivamente al *habitat* oriental de los arawak y de los caribes aculturados por ellos. No se extiende a la región occidental de Venezuela.

Rouse y Cruxent hacen notar que el clima seco y cálido de la costa, lo mismo que el frío de tierras altas, no ofrecen condiciones propicias al cultivo de la yuca; en cambio, permiten el cultivo del maíz ²⁰.

En el centro y occidente de Venezuela no se encontraron budares, es decir, que no existió el complejo tecnológico del tipiti.

En cambio, en la región oriental de Venezuela aparecen las series de

²⁰ Rouse y Cruxent, *Arqueología...*, op. cit., vol. 1, págs. 306, 308.

cerámica Salaloide y Barrancoide, junto con las primeras pruebas del cultivo de la yuca (budares). Todas las series Dabajouroide del período IV carecen de budares, en tanto que todas las estaciones orientales del período V poseen budares. En Carrupano aparecen los budares desde el primer nivel de cerámica de tipo Salaloide, en 600-800 antes de la era cristiana (M. Sanoja O., informe personal).

Consideramos, dicen Cruxent y Rouse, a la Venezuela oriental distinta de la occidental por el tipo de su agricultura.

Tal diferencia en el sistema de agricultura de oriente y occidente está condicionada por el clima. Por razones climáticas se abandonó el cultivo de la yuca en el oriente de Norteamérica y en los Andes meridionales.

Continuando con la distribución del complejo tecnológico del casabe, tenemos que éste llega tardíamente a las Guayanas. La expansión de las cerámicas Salaloide-Barrancoide alcanza la costa de Venezuela al comienzo de la era cristiana. (M. Sanoja O., op. cit., pág. 233). En las bocas del Amazonas se identifica en una época cercana a la Conquista.

Betty Meggers y Clifford Evans no encuentran indicio alguno del beneficio de la mandioca en los cuatro primeros estratos de Marajó. El utillaje apropiado a este beneficio sólo aparece en el nivel superior que corresponde a la cultura arua, de filiación arawak ²¹. Su maestría en la elaboración del casabe se expresa en el propio nombre *aruak*, que significa, según Alexander Francis Chamberlain, "comedor de harina".

Dice Galvao que la yuca amarga llegó a cultivarse por los tupis del litoral atlántico solamente en los tiempos históricos, después de la Conquista ²².

De lo expuesto resulta que el complejo tecnológico de la yuca se limitaba a la región del Bajo Orinoco hasta las bocas del Amazonas, donde apareció en época muy tardía. Es obvio que los arawak llevaron consigo el tipiti cuando emigraron a las Antillas.

Dos grandes errores de apreciación han oscurecido durante mucho tiempo el problema del origen del cultivo de la yuca, vinculado al de toda la prehistoria americana:

a) Confundir el invento del complejo tecnológico para elaborar casabe con el origen del cultivo de la mandioca.

b) Considerar que la ausencia de este complejo tecnológico en los sitios arqueológicos significa ausencia de agricultura.

"No hay fragmentos de budare, lo cual indica que carecían de agricultura", manifiestan Rouse y Cruxent en la página 70 de su citada obra. Y éste ha sido un error compartido por muchos arqueólogos.

²¹ B. Meggers y C. Evans, "Filiações das culturas arqueológicas no território do Amapá, Brasil", Anales del XXXI Congreso Int. de Americanistas, Sao Paulo, 1955, pág. 819.

²² Eduardo Galvao, *Elementos básicos da horticultura...*, op. cit.

Generalmente, el cultivo y beneficio de la yuca "dulce" no deja huellas arqueológicas, porque no requiere herramientas o utensilios. Cogida como raíz era simplemente usada en las brasas o en hornos de tierra, como ocurre todavía en el área maya. La reproducción de la yuca es asexual, se propaga por estacas, muy raramente tiene flores, de manera que el hallazgo de polen en excavaciones arqueológicas es muy aleatorio. Como la investigación arqueológica es objetiva, raramente encuentra huellas de esa euforbiácea, resultando de esta situación conclusiones precipitadas. Y así se ha encontrado sitios con cerámica, pero sin agricultura. Sin embargo, algunos arqueólogos han reaccionado contra tales incongruencias.

K. Schwerin, por ejemplo, me dice que "es probable que la gente de Puerto Hormiga, quienes utilizaban la alfarería alrededor de 3000 años antes de Cristo, también cultivaran la yuca, pero se confeccionaba con métodos que no requerían la utilización del budare (carta, fecha: 4 de enero de 1970). Michael D. Coe piensa lo mismo y me escribe: "si la hipótesis de Carl Sauer es correcta, las culturas de Monagrillo y Puerto Hormiga estaban basadas más en el cultivo de la yuca que del maíz (correspondencia, fecha: 5 de abril de 1971).

Si el cultivo de la yuca se practicaba ya 3000 años antes de la era cristiana en la puerta de salida de la América Central, es evidente que la antigüedad de ese cultivo es mucho mayor en su propio centro de origen, en el área maya.

El complejo tecnológico del casabe data de una época relativamente reciente y su distribución geográfica es muy restringida si se compara a la gran antigüedad del cultivo de la yuca en el área maya, y su considerable distribución geográfica, que se extiende desde la Florida al norte de la Argentina.

El invento del tipiti no aporta ninguna información nueva acerca del origen del cultivo de la mandioca.

Y así queda desvanecida la teoría duogenética de los botanistas, que consideraba la existencia de dos centros de origen del cultivo de la yuca.

Las evidencias de carácter botánico, mitológico, arqueológico, cultural y lingüístico ponen de manifiesto que en el área maya está el centro primario de cultivo de manihot, que, desde el corazón de América, se propaga hacia el norte y el sur.

Arawak y caribes en las Antillas.—Sigamos a los arawak en su éxodo hacia las Antillas bajo la presión caribe. Se desplazan primero a la península de Paria, donde se dividieron: una parte de ellos se dirigió al oeste, hacia la costa venezolana e islas, y el resto siguió al norte de las Antillas (Rouse y Cruxent, pág. 150). Los arqueólogos consideran que este movimiento migratorio comienza al principio de la era cristiana.

Mario Mattioni me dice que antes de la migración arawak, las islas de

Trinidad, Tobago, Granada, Granadinas, Barbados, San Vicente, Santa Lucía, la Martinica, Dominica y Guadalupe, así como Marie Galante, Montserrat, Antigua y Puerto Rico, estaban deshabitadas. Los arawak ocuparon progresivamente esas islas, desde Trinidad a Puerto Rico, Haití y parte de Cuba, donde la cerámica Salaloide-Barrancoide señala su existencia en las capas más profundas de los sitios arqueológicos.

La encarnizada persecución de los caribes, de isla en isla, que comienza hacia el final del primer milenario de nuestra era, consituye una de las páginas más dramáticas de la prehistoria americana. Estos parten del Orinoco, según tradiciones conservadas por los caribes deportados a Honduras, a la que ya se ha hecho referencia (investigación personal entre los caribes de Trujillo).

Llegan a la Martinica al final del primer milenio de la era cristiana. Grupos caribes incursionaron hasta Puerto Rico, pero no ocuparon la Isla (Mario Mattioni, informe personal).

Refiriéndose a la arqueología de Granada, una de las islas más cercanas al continente, Ripley P. Bullen establece que la cerámica más antigua representa la tradición Salaloide-Barrancoide, y data aproximadamente desde el comienzo de nuestra era al año 700. Le sigue un segundo período, atribuido, como el primero, a los arawak (Bullen ofrece la lista de los rasgos de alfarería que corresponden a esas culturas). Después viene un tercer período caracterizado por una alfarería burda y gruesa, decorada, entre otras técnicas, por presión digital en los bordes, como la cerámica tupí-guaraní. Está asociada con materiales de la época histórica y corresponde a la cultura caribe. La cerámica del primer período se encontró también en Puerto Rico; la del segundo en Cuba y Jamaica, y la del tercero, no más allá de las islas Vírgenes. La distribución de esas cerámicas concuerda con los datos históricos referentes a la distribución de los caribes y arawak²³.

Al comienzo de la era cristiana, una corriente migratoria arawak se establece de Sur a Norte, partiendo de la cuenca del Orinoco. Las dataciones de radiocarbono para la Martinica, establecidas por la Universidad de Yale, arrojan las fechas siguientes: Salaloide insular 180 — 80 después de C. Salaloide modificado 475 ± 60 después de Cristo.

Alrededor del año mil, una segunda migración sigue el mismo trayecto. El caribe es aficionado a la guerra para comer prisioneros en sus ritos canibalísticos y para capturar mujeres.

En calas estatigráficas realizadas por M. Mattioni, la cerámica caribe aparece siempre superpuesta a la arawak. Es de pasta grosera, gruesa, de

²³ Ripley P. Bullen, "The archaeology of Grenada, West Indies and the Spread of ceramic people in the Antillas". Actas del XXXVI Congreso Int. de Americanistas, Sevilla, 1966, vol. I, páginas 435-439.

superficie rugosa y generalmente sin decoración, o bien toscamente rayada, en contraste con la alfarería arawak, policroma o blanco sobre rojo y decorada. Entre los motivos decorativos de la cerámica arawak listados por Mattioni figuran: elementos geométricos, entre ellos la cruz, círculos u óvalos con un punto en el centro; rombos, la mariposa, líneas cruzadas, decoración grabada, antropomorfa y zoomorfa; en rojo y blanco por campos de color; blanco sobre rojo; policroma: amarillo, orange y negro; blanco sobre sepia; campos de color separados por una línea grabada; decoración con líneas paralelas en los bordes; técnica de pintura negativa, etc.

La cerámica arawak se diferencia de la caribe por su riqueza decorativa. El horizonte caribe es pobre en valores artísticos y su nivel se degrada más y más en el transcurso de los siglos, en una caída vertiginosa ²⁴.

En las gráficas 11 y 12 pueden apreciarse dos ejemplares de cerámica arawak, que se encuentran en el museo departamental de la Martinica, gráficas que debo a la gentileza de su director, Mario Mattioni.

En las grandes Antillas, donde los arawak vivieron hasta la Conquista, alejados de sus tradicionales enemigos, el arte taino alcanzó, en un ambiente de paz, su más alta expresión. Allí se desarrolla la escultura y arquitectura incipientes. Se ven plazas ceremoniales, caminos empedrados, juegos de pelota limitados por hileras de piedra, columnas o pilares grabados, collares de piedra, piedras de tres puntas, gráfica, grabados rupestres, en relieve, etc. Algunos petroglifos de Chacuey, Rca. Dominica, han sido reproducidos, precedentemente, lo mismo que otros de la Martinica.

Esos grabados rupestres ofrecen grandes semejanzas con los de Venezuela, de Colombia y de la América Central, semejanzas que ya habían sido notadas por los arqueólogos citados en páginas anteriores. A las ilustraciones precedentes podrían agregarse muchas más. Por ejemplo, la figura del dios relampagueante, la cabeza en forma de corazón, cabeza triangular, mano en forma de cruz, ser humano con dos cabezas teniendo a otro de la mano, cara en forma de disco, cuerpo romboidal, serpiente diseñada con meandros, etc. Esos litoglifos también se encuentran en el área América Central-Colombia-Venezuela, es decir, en un área de culturas Medias.

De esta manera, la petroglifia comparada permite establecer clasificaciones culturales que hasta ahora no habían sido posibles.

En el arte taino se aprecia un proceso evolutivo del grabado rupestre hacia la escultura. Este proceso puede observarse también en las Pequeñas

²⁴ M. Mattioni, "Archéologie de la Martinique", 1969, en *Les Cahiers du Cerag* y "Etudes des migrations arawak et caraïbe aux Antilles sur la base de 4 ans de fouilles archéologiques", Actas del XXXVIII Congreso Int. de Americanistas, Stuttgart-München, 1968, tomo I, páginas 309, 316.

Antillas, donde M. Mattioni encontró algunas toscas estatuas de piedra (informe personal).

La emergencia de un arte escultórico en las Antillas llama la atención, en vista de que, fuera de los menhires, la escultura lítica es desconocida, al parecer, en Venezuela, excepto en la zona andina.

Es notoria en el arte dominicano la evolución del grabado parietal al monolito, como puede apreciarse, por ejemplo, en la gráfica 13, que muestra una figura rupestre transferida al monolito. En una columna de piedra está grabada una cara humana en el mismo estilo de los petroglifos.

Esta columna grabada ha sido encontrada en el Corral de los Indios, San Juan de la Maguana y está ilustrada en la lámina 59 de la citada obra de Boyrie Moya. La gráfica 13 ilustra el motivo del ser con dos cabezas: una, arriba, y otra, en la parte inferior, mirando hacia lo alto. Este motivo es común en la América Central y está plasmado en esculturas de San Agustín.

La transposición de figuras rupestres a monolitos, o sea, la transición entre el petroglifo y la escultura ha sido notada por Gudmund Hatt. Dice al respecto: "*There is no vital difference between rock carvings and higher sculpture; the lower and higher stages of development in the art served the same purpose*" (G. Hatt, *op. cit.*, 1941, pág. 197).

La escultura taino alcanza un buen desarrollo. Además de los menhires o columnas grabadas, se conocen los famosos collares o yugos de piedra, los trigonolitos o piedras de tres puntas (gráfica 7), las hachas-efigies, las hachas monolíticas y pequeñas figuras de cemies, entre las que resalta el motivo del ser con dos cabezas (gráfica 8).

El menhir es conocido en Venezuela y en la América Central. Se han ilustrado dos ejemplares de la cuenca del Orinoco en gráficas anteriores. Los trigonolitos antillanos son ídolos del culto al agua y la fertilidad. Según Ramón Pane, las piedras tricornes son símbolos de fecundidad que representan a la diosa de la yuca y la agricultura y propician buenas cosechas de mandioca, principal sustento de los arawak. Ese tipo de ídolo, registrado en los mitos lenca, es presente en Honduras, El Salvador y en el área maya del Pacífico.

Las hachas monolíticas son típicas de culturas Medias, como se ha visto, por ejemplo, en la cultura Mississippi y en la América Central. Lo mismo puede decirse del ser de dos cabezas, ilustrado en la gráfica 10. Representa a los gemelos unidos en un solo cuerpo con dos cabezas y dos manos (reproducido de la lámina XIV de Sven Loven).

En el arte centroamericano y en petroglifos de Venezuela, ilustrados precedentemente, se ha visto que el tema mítico de los gemelos y la expresión de su unidad se plasma de diferentes maneras. El ser humano con dos cabezas es un motivo panamericano que expresa un tema trascendental de las mitologías continentales. Obsérvese el rostro de la estatuilla taino; sus ojos en forma diagonal son también un rasgo panamericano, ya notado al tratar de

culturas del occidente de México, de la maya preclásica, de las centroamericanas y otras más.

Entre las figurillas de piedra del arte taino, algunas representan a un individuo en posición sedente, con las manos replegadas sobre el pecho. Cara en forma de escudo, boca figurada por una incisión horizontal, nariz unida a las cejas y la saliente sobre la cabeza (lámina XV de la citada obra de Seven Loven). Tales convenciones figurativas nos remiten a la pequeña escultura de la América Central y del horizonte preclásico inferior de la cultura maya.

Entre los objetos líticos, elaborados por los tainos, pueden mencionarse, además, asientos escultóricos, hachas-efigies petaloides, morteros de piedra con su pilón escultórico, pipas de piedra, cuya distribución continental ha sido considerada precedentemente.

Hay también pipas de barro, acodada, como la que se encontró en la finca de Santiago Delgado, cerca de la Habana.

Ya quedaron establecidas las relaciones de la cerámica arawak de las Antillas con la Salaloide-Barrancoide de Venezuela. Como era de esperarse esa cerámica ofrece semejanzas, además, con la alfarería de otras culturas Medias, a tal grado que Irving Rouse cree que ciertos tipos que llama Meillac proceden del área oriental de Norteamérica. En cambio, Spaulding ve las cosas al revés y considera que varios de los elementos de la cultura del Sureste, que se creen mesoamericanos, tienen su origen en las Antillas.

En un capítulo anterior se ha descrito e ilustrado el patio de un juego de pelota taino, circundado por hileras de piedra, localizado en Puerto Rico. Como lo hace notar Sven Loven, el juego de pelota era conocido en las Guayanas, en Venezuela y en las costas de la Mosquitia. A diferencia del juego de pelota de los silvícolas, que no dejó huellas, porque este deporte era practicado en el patio de la casa comunal, como lo hacen todavía los hutotos, la cancha de juego de los tainos estaba señalada por filas de grandes piedras. De esta manera puede seguirse la historia arqueológica de esas construcciones, desde el ciclo de la agricultura incipiente, en que no había ninguna edificación especial, hasta los patios monumentales de la civilización maya.

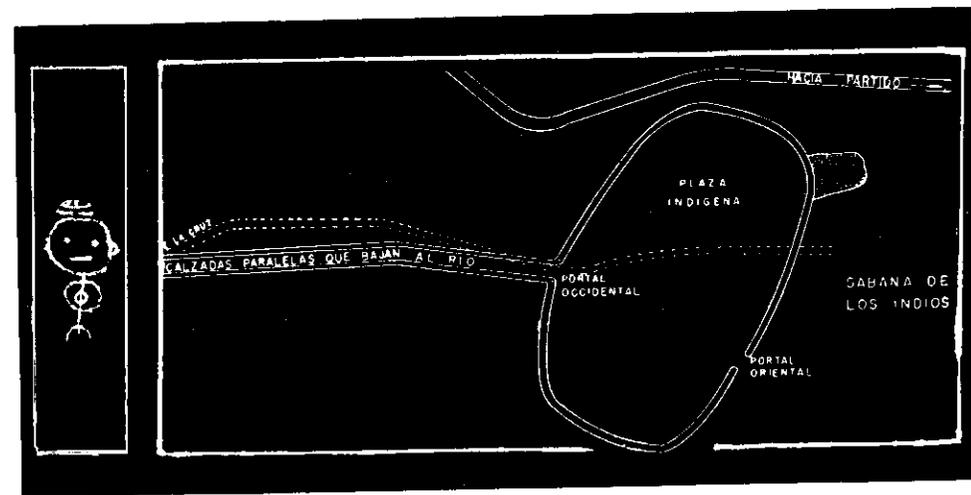
Arquitectura megalítica.—Además de los juegos de pelota, delimitados por grandes piedras paradas en extensas y cerradas hileras, la arquitectura megalítica de los tainos se caracteriza por espaciosos recintos ceremoniales y caminos empedrados, como los que fueron localizados en San Juan de la Maguana y en Chacuey. Los llaman "Corrales de los Indios".

El de Chacuey consiste en una gran plaza ceremonial limitada por una muralla elíptica de 659 metros de longitud. El muro, formado por grandes piedras rellenas con piedras pequeñas y tierra, tiene una anchura de 4,50 metros a 5 metros, y en su estado actual, una altura de 40 centímetros en el

arco meridional y 80 en el septentrional. El recinto tiene dos puertas de entrada: una al oriente y otra al occidente. En ambas portadas estaban colocadas dos columnas o menhires que custodian las entradas. Los de la sección occidental estaban grabados con figuras incisas (véase en el grabado siguiente la figura correspondiente).

Una doble calzada de piedra conduce desde la plaza ceremonial al río de Chacuey, donde las grandes rocas de las márgenes están cubiertas por numerosos petroglifos. El recinto amurallado con sus dos puertas de entrada guardadas por menhires, las dos calzadas paralelas que conducían al río y los grabados rupestres constituyen un complejo ceremonial de dimensiones considerables, donde los tainos celebraban sus ritos más importantes, presenciados, sin duda, por toda la comunidad.

Se reproduce a continuación el croquis parcial de este complejo ceremonial ²⁵.



El de San Juan de la Maguana es análogo al de Chacuey. Consiste en un recinto circular de vastas proporciones y una calzada de grandes piedras que desciende desde la plaza hasta el arroyo El Fondillo. En el centro de la plaza se ve un gran bloque de piedra de 1,70 metros de alto, que termina en punta obtusa. Señala, en la simbólica indígena, el centro del universo, o sea, el punto central de un círculo, tal como lo dibujan en sus grabados rupestres.

Considero de interés señalar la existencia de esos recintos ceremoniales

²⁵ De la obra de Emile de Boyrie Moya, *Monumento megalítico y petroglifos de Chacuey*, Publ. Universidad de Santo Domingo, Serie VII, n.º 1, año 1955. Los datos anteriores son tomados de la misma publicación.

que pueden ponerse en relación con los de la América Central, a los que ya se ha hecho referencia. La misma concepción arquitectónica se expresa de manera diferente en la explanada ceremonial de la isla El Muerto (Nicaragua), con sus calzadas pavimentadas, que bajan hasta el nivel del Gran Lago.

Las vías sacras de los mayas que bajaban a ríos, lagunas o cenotes —piénsese en el de Chichen Itza— cumplen, sin duda, las mismas funciones. Hasta la fecha, los chortis acceden a su fuente sagrada por un antiguo camino ceremonial.

Artesanía de la madera.—Los taino alcanzaron un alto nivel en la artesanía de la madera, como puede apreciarse, por ejemplo, en el artístico duho que se conserva en el museo del Hombre, y se reproduce en la gráfica 9. Representa un cuadrúpedo cuyo dorso ahuecado sirve de asiento. Motivos geométricos, grabados en la nuca del animal y en el respaldo, decoran esta magnífica pieza de ebanistería. Ella muestra el alto grado de evolución que había alcanzado el asiento en forma de animal, y pone de manifiesto que los taino vivían en la Edad de la Madera, rasgos característicos de las culturas Medias.

Entre los pocos objetos que pueden verse en el British Museum de Londres, mencionaré los siguientes:

Una artística escultura de madera negra, bien pulida, que representa un ave, probablemente un buitre de largo pico, con las alas extendidas. Tiene 80 centímetros de alto.

Un ídolo de madera antropomorfo con un plato sobre la cabeza. De sus ojos brotan lágrimas; exhibe el miembro viril erecto, exponente del culto al falo que caracteriza las culturas Medias.

Un asiento escultórico de madera en forma de metate, con cuatro soportes, decorado con una cabeza humana.

Asientos ceremoniales de madera. Uno de ellos representa a un ser humano en rara posición. Está semirrecostado, mirando hacia el suelo. Exhibe el miembro viril erecto. Sus piernas, una de ellas levantada, y sus brazos son los soportes del asiento. El tallado es magnífico.

Una bella composición escultórica muestra una ave sobre una tortuga picando la cabeza del quelonio. Del centro del carapacho de la tortuga surge una columna que pasa por el cuerpo del ave y sigue hacia arriba. Representa el eje cósmico. El cuerpo del ave está decorado con un círculo rodeado de una sigma que se extiende sobre la cola. El punto central del círculo coincide con el centro de la columna. Estos símbolos representan en forma esquemática la serpiente y el sol, asociación frecuente en la iconografía indígena. Conocidos el simbolismo del ave celeste y del quelonio, que representa la tie-

PETROGLIFOS DE VENEZUELA

(J. de Bornhorst)

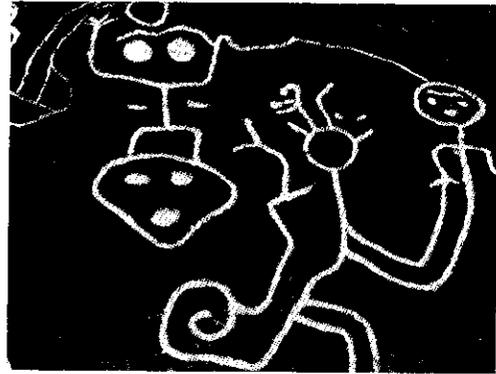


Gráfica 1.



Gráfica 2.

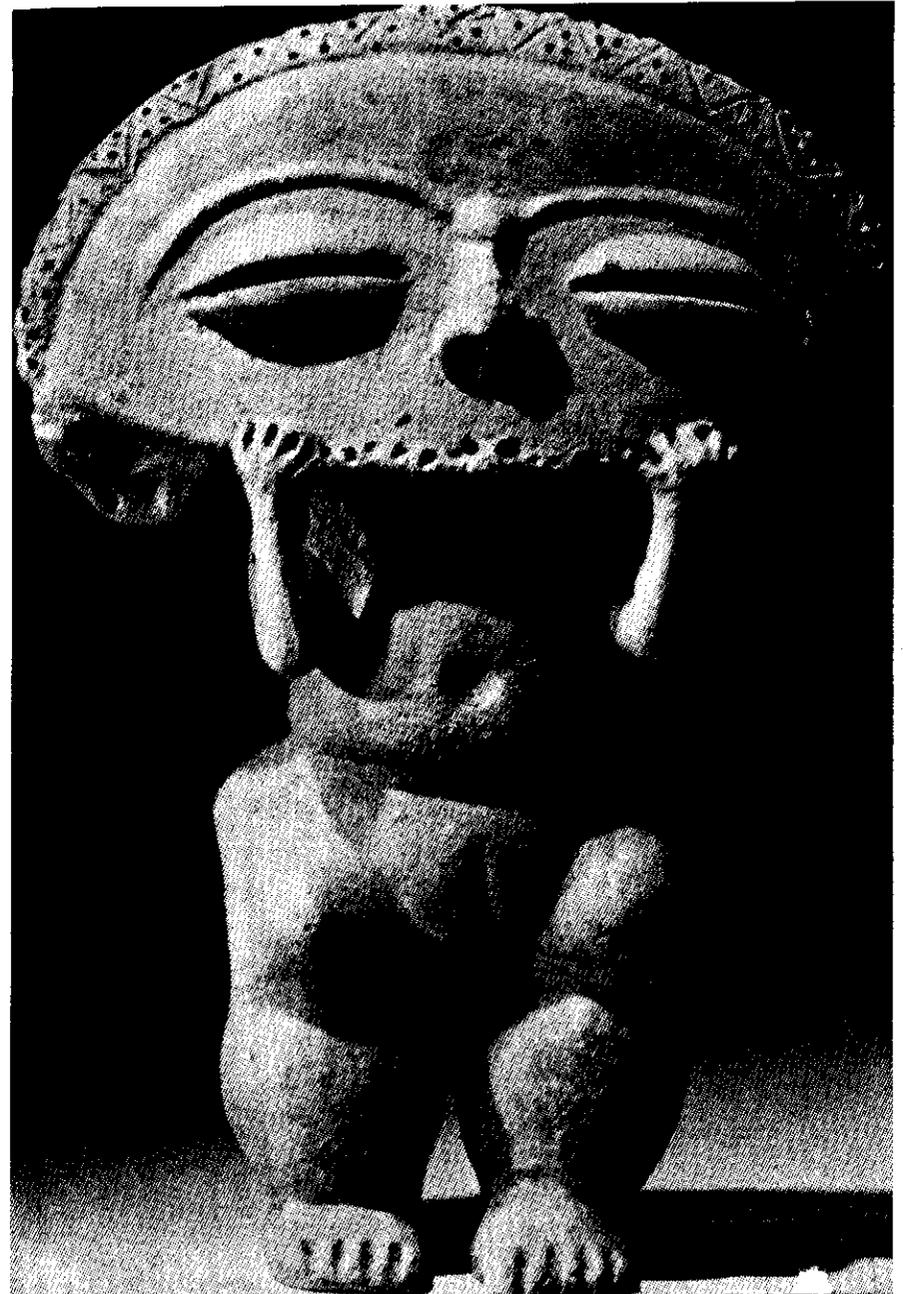
Gráfica 3.



Gráfica 4.



Gráfica 5.
Figura
femenina,
estilo
Valencia
(Rouse y
Cruxent).

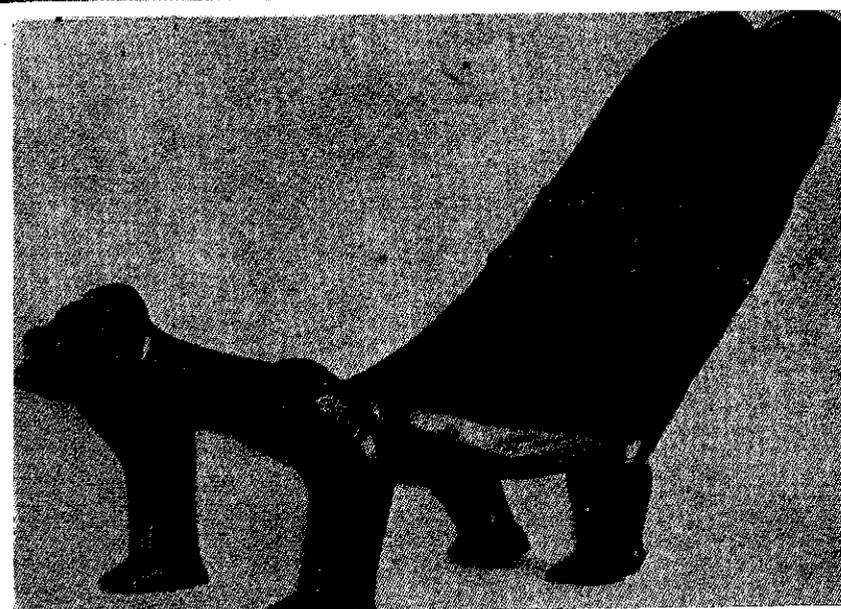
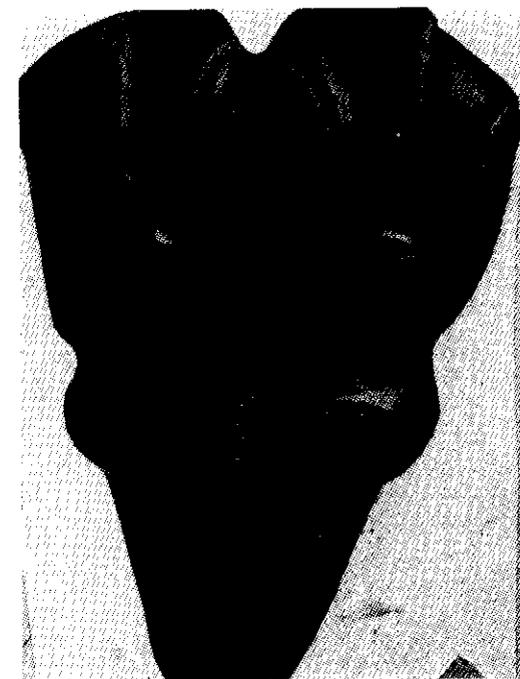


Gráfica 7.—Trigonolítico (Museo Copenhague; foto, cortesía de Jens Yde).

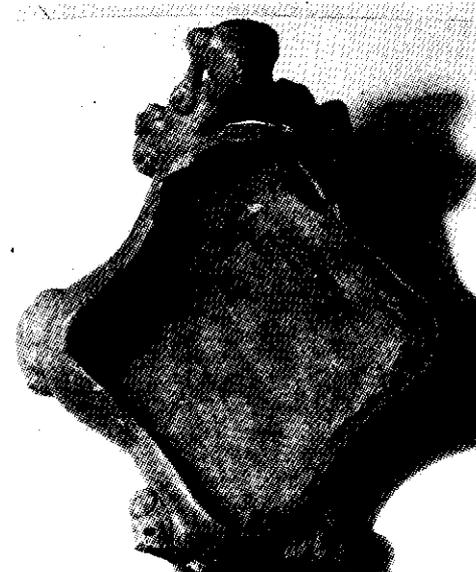
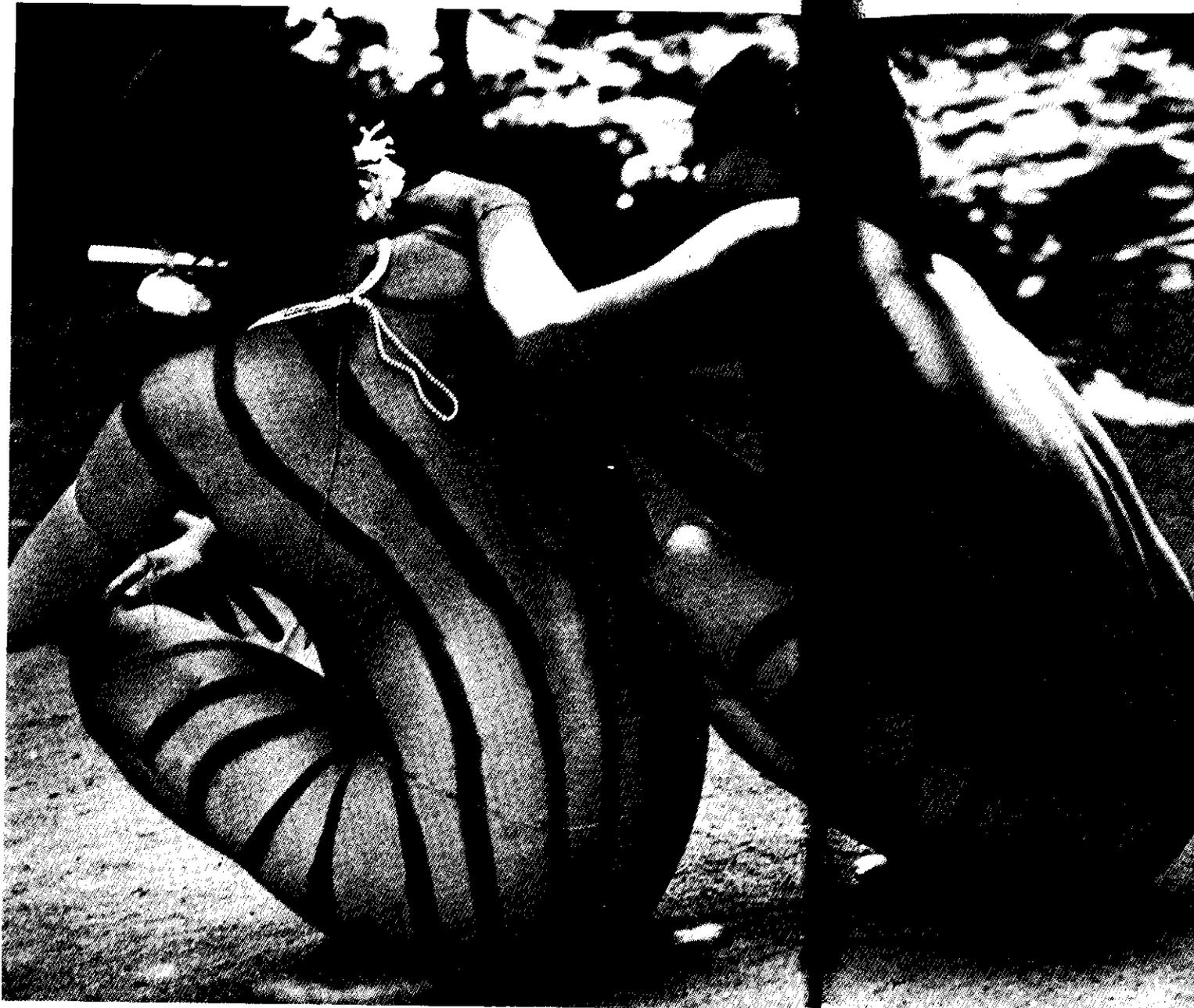
Gráfica 8.—Los gemelos en el arte taino. Reproducción lámina XIV. Sven Löven.



Gráfica 6.—El portador de vaso. Los Teques (Museo del Cincuentenario, Bruselas, cortesía de Georgette van Swieten).



Gráfica 9.—Duho de pelti. (Reproducción figura 26 "Guide du Musée de l'Homme".)



Gráficas 11 y 12.—Cerámica arawak de la Martinica, en el Museo Departamental, Fort de France. (Fotos cortesía de Mario Mattioni.)

Gráfica 10.—Mujeres waikas pintadas con la figura de la serpiente (cortesía de Bárbara Brändli, Caracas).



Gráfica 13.—Transposición del grabado rupestre al monolito.

rra —lo mismo entre los mayas y los iroqueses— el sentido de esta figura es claro.

Expresa la fecundación de la tierra por el cielo, a través del binomio ave-serpiente.

La cultura taino se caracteriza, además, por sus cemís de algodón.

Fernando Royo Guardia ilustra uno de esos ídolos²⁶, en el que resalta el color diferente de los ojos, uno es blanco y el otro negro.

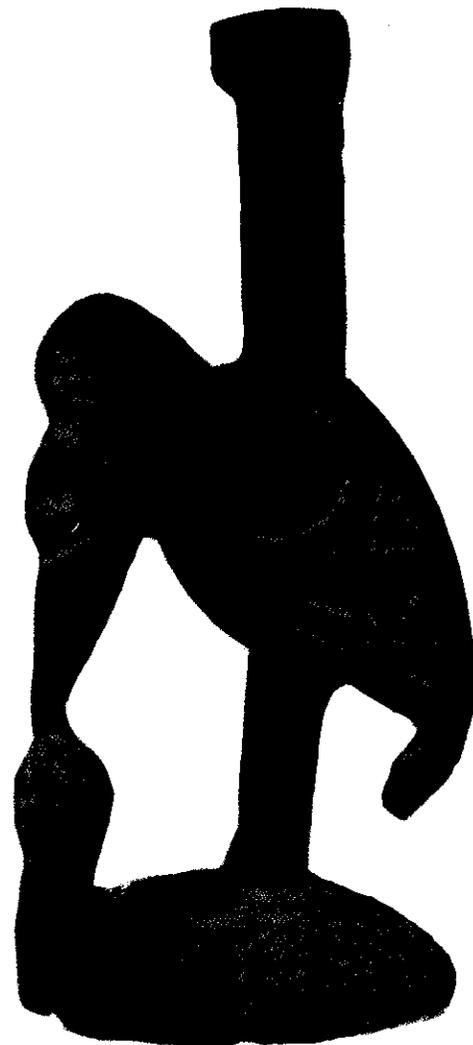
Esos ojos bicolores expresan, en la simbólica indígena, la bipartición del mundo y del tiempo.

Luce un disco en el pecho, como las figuras de la estaturia maya preclásica, aracaica, centroamericana y agustiniana.

La cabeza del cemi consiste en una calavera humana recubierta de un tejido de algodón.

Es una manifestación del culto al cráneo.

De esta manera hacen también canoas de distintas dimensiones, bateas y utensilios de cocina, tubos bifurcados para aspirar rapé por la nariz, tambores de lengüeta similares a los de la América Central y al *tunkul* de los mayas, etc.



Apuntes de etnografía.—Según Julián Steward, los arawak vivían en poblados que alcanzaban hasta 3.000 habitantes. Los jefes habitaban

²⁶ Fernando Royo Guardia, "El culto de cráneos y cemís de algodón entre los Antillanos precolombinos", *Rev. Junta Nacional de Arqueología y Etnología de Cuba*, n.º 4-5, 1947, La Habana.

mansiones separadas, controlaban las actividades civiles y religiosas y eran transportados en literas, como los Natchez o los peruanos. A su muerte desecaban su cuerpo sobre el fuego y se convertían en ídolos. Como en todas las culturas Medias, enterraban al jefe en compañía de sus mujeres y sirvientes.

Steward hace notar que los Jirajara y Caqueta de tierra firme ofrecen ciertas semejanzas específicas con los taino de las Antillas (Handbook, *op. cit.*, pág. 21).

Dice Francisco López de Gomara que en la Hispaniola el enterramiento de los Señores es pomposo; asiéntanlos en la sepultura y pónenlos alrededor pan (casabe), agua, sal, fruta y armas. Se encendía fuego sobre la tumba.

La sociedad era matrilineal; la sucesión, solamente en línea femenina. El cacique Bechio tenía treinta mujeres; una, empero, era la principal. Heredan los sobrinos, hijos de hermanas, cuando no tienen hijos. Interdicción de casarse con parientes del lado maternal.

La división del trabajo es congruente con el sistema social. La mujer se ocupa de las labores de cultivo, en tanto que el hombre prepara las tierras. Conocían la técnica del regadío.

Cultivaban la yuca, que era la planta cultural básica, el camote, frijoles, maíz, algodón, tabaco y varios frutales (Sven Loven).

Usaban el mortero, pero no el metate. Domesticaban papagayos y tenían perros mudos. Se deformaban el cráneo y usaban adornos en la nariz y las orejas. Dormían en hamaca, pero los jefes en cama plataforma. Elaboraban cerámica con formas plásticas y usaban uno, dos y tres colores, así como la técnica de pintura negativa. Fabricaban también primorosas canastas, objetos de oro, tejidos de algodón, cigarros y maracas. Usaban el estuche peniano, como los hicaques. El transporte por tierra se llevaba a cabo en balancines, sostenidos en equilibrio sobre un hombro, elemento que se encuentra entre los cunas de Panamá y en el noroeste de México.

Son muy obedientes a sus caciques, y así, no siembran sin su voluntad ni cazan ni pescan, que es su principal ejercicio. Estas observaciones de López de Gomara²⁷ resaltan el poder de los sacerdotes, entre cuyas funciones está la de fijar ritualmente las fechas de la siembra y sucesivas operaciones agrícolas, así como el momento propicio para la caza y la pesca, como ocurre todavía entre los mayas y otros pueblos indoamericanos.

Son grandísimos sodomitas. La sodomía, como institución ritual, es concomitante con el culto fálico, expresado en la iconografía taino y característica de culturas Medias.

Según Oviedo, la casa plurifamiliar de los tainos era poliédrica, forma

derivada del tipo circular del continente. La casa poliédrica es conocida también entre los taoajkas de la Mosquitia, ilustrada precedentemente. Los tainos construían, además, casas rectangulares, con techo a dos vertientes; algunos creen que por influencia española, pero podrían derivar también de la forma poliédrica.

Entre los tainos había guerras tribales, que es una característica de las culturas Medias. Los tainos de Puerto Rico eran muy belicosos, quizá por su exposición a los raids caribes, fenómeno ya notado entre los arawak sobrevivientes de la isla de Trinidad. Los de Cuba eran más pacíficos.

Entierros. Momificación.—Los tainos enterraban a sus muertos en posición acurrucada, algunas veces en fosas, en túmulos, o bien en el piso de la casa. Para los caciques había cámaras funerarias, en las que el cadáver estaba sentado en un duho con su mujer favorita. En Cuba y Puerto Rico se acostumbraba la sepultura en cuevas. Una forma de enterramiento secundario se efectuaba depositando el bulto de huesos con la calavera en una olla de barro que se tapaba con otra (Krickeberg). Ese tipo de entierro era practicado en la América Central.

Desecan al fuego el cuerpo de sus caciques a fin que se conserve todo entero. Para el hombre común desecaban solamente la cabeza. Algunos son enterrados en cuevas y se pone sobre su cabeza una calabaza de agua y pan de yuca. Otros son quemados en la casa. A los agonizantes los colocan en una hamaca, que es su cama, poniendo agua y pan de yuca cerca de su cabeza (el entierro en hamaca es practicado hasta la fecha por los cunas). Después de la muerte se van a un valle donde vuelven a encontrar a su padre y a todos sus ancestros. Allí se come con abundancia, hay mujeres y se encuentra toda clase de diversiones. Conocen la inmortalidad del alma (Ramón Pane).

Religión.—López de Gomara nos informa sobre la función de los cemís, o ídolos, de la isla Hispaniola, hechos de piedra, barro, madera, algodón o hueso, así como sobre la existencia de una clase sacerdotal, los *bohitis*, que pueden caer en éxtasis ingiriendo cierta hierba. Cada ídolo servía a un propósito especial y las familias tenían uno o más cemís tutelares. A los cemís se les hacían ofrendas alimenticias. La ofrenda de alimento a los dioses y a los muertos es general en América.

Esos tributos alimenticios son inseparables de los ritos petitorios a los dioses en todo el continente, lo mismo que los ritos de acción de gracias. Dice al respecto Ramón Pane que daban gracias al zeme por los beneficios que les habían hecho y le pedían humildemente que hiciera les salieran bien las cosas futuras.

Los sacerdotes, llamados *bohiti*, se comunicaban con los muertos y conocían todos sus hechos y secretos; además, saben curar enfermedades. En

²⁷ Francisco López de Gomara, *Historia de las Indias*, Zaragoza, 1552.

sus prácticas curativas usan el método de succionar la parte enferma —como en la América Central—, y luego muestran al paciente el daño que sacaron de su cuerpo.

Entre las prescripciones rituales de costumbre está el ayuno y abstinencia durante siete días, que pasan encerrados sin comer nada, salvo un jugo de hierbas.

Otra práctica ritual interesante es el vomitorio. Para ese fin toman “unas hierbas de hojas largas, las pulverizan con la mano y se las ponen en la boca, a fin de vomitar lo que han comido”²⁸. El rito del vomitorio era practicado en el sureste de Norteamérica (ver la ilustración pertinente) y en Suramérica.

Celebraban sus fiestas del culto a la fertilidad con ayunos, ofrendas y danzas (*areitos*), pintándose de varios colores. Pero las doncellas no se pintaban; iban desnudas, a imagen y semejanza de la diosa Tierra, como se verá más adelante. Se adornaban la cabeza con guirnaldas de flores y llevaban ramitas verdes.

Esa misma costumbre se observa todavía entre los mayas de Chiapas. Las coronas de flores cayeron en desuso entre los chortis, pero continúan llevando ramas verdes, para significar que la naturaleza ha de reverdecer, en virtud de magia imitativa.

Practicaban entonces el rito de purificación, que consiste en el vomitorio colectivo. Previamente a las ofrendas que tributaban a sus cemís, se purgaban, metiéndose en la garganta, hasta la epiglotis, la paleta que cada uno llevaba en la mano. Vomitaban y evacuaban el estómago hasta no dejar nada.

Con los pies doblados debajo de sí (modo de arrodillarse actual de las mujeres quichés), miraban al cemi cabizbajos, casi temblando de reverencia y teniendo temor, le pedían que no le fueran desagradables los sacrificios que le iban a hacer. En seguida, con su acostumbrado murmullo, exponían sus votos al dios. Asisten al cemi los sacerdotes diferentemente arreglados que los demás. Las mujeres se ocupaban de la ofrenda de las tortas de casabe. Hecha la señal por los sacerdotes, ceñidas con guirnaldas de flores, danzando y cantando sus areitos, ofrecen tortas en canastos primorosamente labrados. Colmaban de maravillosas alabanzas al cemi (Ramón Pane).

Mitos.—De la mitología taino sólo se tienen relatos fragmentarios. En páginas anteriores se ha transcrito el mito de *Giaiel*, cuyos huesos se transformaron en peces. Este episodio puede ponerse en relación con una leyenda similar registrada en el *Popol-Vuh*, que trata de la transformación en

²⁸ Las citas de fray Ramón Pane son tomadas de una versión en francés titulada *Legendes et Croyances des Indiens des Antilles*, traducido del original, publicado en Venecia en 1676, por Mario Mattioni, Ed. Emile Desormeaux, París, 1972.

pez de los huesos molidos de *Hunahpú*, arrojados en el fondo del río de Xibalba.

El Sol y la Luna salieron de una gruta que está en el país de un cacique llamado Maucia Tivuel, la cual gruta se llama Jovova, y ellos la tienen en mucho, y la tienen toda pintada a su modo, sin figura alguna, con muchos follajes y otras cosas semejantes. Y en dicha gruta estaban dos cemís hechos de piedra, del tamaño de medio brazo, con las manos atadas, y parecía que sudaban. Cuando no llovía dicen que entraban allí a visitarlos y en seguida llovía. Y a dichos cemís, al uno le llamaban *Boinayol* y al otro *Maroya* (Ramón Pane).

Es interesante notar que los taino ataban a sus dioses lo mismo que los mayas y los quichés. El significado esotérico de esa extraña costumbre se explica gracias a su supervivencia entre los quichés que amarran a su alcalde con un lazo para significar que está ligado o que está al servicio de su comunidad. En el tomo III de esta obra se ilustrarán figuras de dioses mayas amarrados con una cuerda.

Al igual que el sol y la luna, la mayor parte de la gente que pobló la isla salió de grutas denominadas Cacibayagua y Amatauba, de una montaña que se llama Canta en la provincia de Caonao.

De tales creencias se deriva probablemente el culto a las cuevas, donde celebraban sus ritos y enterraban a sus muertos hasta hace pocos años.

Las tradiciones míticas de los taino son recordadas en canciones que aprenden de memoria. Y estos cantares les quedan en la memoria en lugar de libros. Todos saben esta forma de historia. Así es como se transmiten los mitos e historias pasadas (Ramón Pane).

Figura cimera de la mitología y de la teología taino es la diosa-Madre, madre del sol. A ella está dedicada la ceremonia principal del culto a la fertilidad. Según Pedro Martyr, la diosa-Madre tiene cinco nombres: *Attabeira*, *Mamona*, *Guacarapita*, *Iella* y *Guimazoa*. Ramón Pane dice que la llaman: *Arabex*, *Yermaoguacar*, *Apito* y *Zuimaco*, que son cinco nombres. Podría verse en esos cinco nombres de la diosa-Madre una expresión de su poder universal, manifestado en cinco hipóstasis que corresponden a los cinco rumbos del cosmos.

La diosa no tiene marido; por tanto, su hijo, el dios solar, no tiene padre. Sólo nace de madre. A éste le llaman *Yocahu Vagua Maorocoti*; es un ser inmortal y omnipotente, cuyo espíritu reside en el sol.

En otra parte me he ocupado someramente de la cultura taino y de los nombres de los dioses antillanos, como *Yocahu*, *Yerucan*, etc., comparándolos con *Hurakan* del *Popol-Vuh*.

Al igual que *Yocahú*, el héroe solar del *Popol-Vuh*, *Hunahpú* sólo nace de madre, de *Ixquic*.

Benzoni y Gomara describen la gran festividad en honor a la diosa-Madre o Madre Tierra, que se representaba como una mujer desnuda con cinco cabezas de animales: una en el centro y cuatro a los lados. Corresponden, sin duda, a los cinco nombres de esa deidad cósmica.

Se menciona, además, a *Guabancex*, diosa del viento y del agua, que tiene dos auxiliares: *Guatauva*, su mensajera, y *Coatrischie*, el que hace la tempestad. *Yobanua-Borna* es la deidad de la lluvia, cuyo santuario estaba en una cueva; tenía también dos auxiliares. Los haitianos iban en peregrinación a esa cueva, donde celebraban ceremonias.

En las leyendas taino encontramos el mito de origen de la tortuga, una tortuga hembra que figura en su iconografía como representación de la tierra. Asimismo, encontramos el mito de origen del hombre-pájaro, que canta como el ruiseñor, implorando la ayuda del sol. El pájaro (u hombre-pájaro) está omnipresente en petroglifos y esculturas antillanas, resaltando, una vez más, el valor de los mitos como modelo del arte.

Los sacerdotes tainos oficiaban en templos con altares e ídolos.

En la presencia de la diosa-Madre, como principal entidad divina, y en la importancia de las deidades femeninas, protectoras de la agricultura, tenemos el mito de origen del derecho materno y de la descendencia por línea femenina, que son las formas sociales del pueblo taino.

Por otra parte, los hombres del inframundo emergiendo por unas cuevas es propio no sólo de los tainos, sino de las mitologías americanas de la Tercera Edad, que corresponden al horizonte de las culturas Medias. Este origen mítico se escenifica en el *Popol-Vuh* en la dramática salida de *Ixquic* de las cuevas de Xibalba, hacia la superficie de la tierra.

Conclusiones

Sven Loven, que ha escrito la monografía más extensa sobre la cultura taino²⁹, atribuye el origen de esa cultura a un conjunto de pueblos muy distantes entre sí y distantes también de las Antillas.

Loven ve en la cultura taino influencias de Norteamérica y Colombia. Considera, además, que recibió fuertes aportes de México, expresados, por ejemplo, en el juego de pelota, el tambor de lengüeta, las insignias de jefe y otros elementos. Pero considera que el impulso religioso viene de los mayas. Probablemente adoptaron la teología maya, y con ella, la ideología. En cambio, el citado investigador no establece ninguna comparación con las culturas centroamericanas, sin duda porque en su tiempo eran tan desconocidas como ahora.

Otros americanistas (Walter Krickeberg, por ejemplo) repiten esos errores sin ningún sentido crítico.

Tales conclusiones absurdas por parte de un especialista de la cultura taino y repetidas por otros antropólogos, muestran hasta dónde puede llegar la desorientación de los americanistas por falta de directivas históricas.

Ciertamente, la cultura taino está relacionada con las del sureste de Norteamérica, la mexicana, la maya, la de Colombia y muchas otras más. Pero tales relaciones no se explican por una heterogeneidad fundamental o por una cultura mixta, sino por la unigénesis de las culturas americanas.

Tanto los informes de la etnografía como los de la arqueología y de la mitología establecen que la cultura taino y las arawak corresponden al Formativo panamericano, estrechamente vinculado con el preclásico inferior del área maya. Todas las culturas de este horizonte emanan de un substracto común y poseen, en mayor o menor grado, rasgos de su parentesco fundamental.

²⁹ Sven Loven, *Origins of the tainan culture, West Indies*, Göteborg, 1935.